3 1761 06741021 7

PQ
6509
M37
1860
c.1
ROBA

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/mslargoeseltie00caba

MAS LARGO

ES EL TIEMPO

QUE LA FORTUNA.

Relacion

POR FERNAN CABALLERO.

SEVILLA: 1860

Imprenta de D. Enrique de Rojas.

Calle de Génova núm. 19.

JUN
18
1987

MAS LARGO ES EL TIEMPO

QUE LA FORTUNA:

Preséntase el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y párase inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ánsia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quieres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consejero al futuro; no escojas por amigo al presente, ni te hagas enemigo al pasado

Sentencia de Confucio, traducida libremente de una version alemana.

El ladron que no se deja cojer, pasa por hombre honrado.

Refran turco.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, rico, robusto y predilecto hijo de Baco y Céres. Rodéanle como un soberbio cinturon sus famosas viñas, cuidadas como Princesas, y sus campos de trigo,

cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas. Extiende sus inmensos Propios por las comarcas cercanas, que murmuran de esta invasion del coloso rural, y pierde la cuenta de sus montes, como un Potentado (1).

Jerez, noble como el que más, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno, perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, y que ha sido testigo de tantas hazañas: conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España: ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fé, obras maestras del arte; y vé con dolor á su lado, desmoronarse su magnífica Cartuja, admiracion de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadaver!

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España están despobladas, como la Mancha y Castilla,—las cuales por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la Península, —no se puede decir lo mismo de esta parte de Andalucía; puesto que desde lo alto de algunas de las miras que adornan los hermosos caserios de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista, quince pueblos de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algár, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto

(1) Tiene Jerez *sesenta y dos leguas y media* cuadradas de término, y sus montes llegan hasta la Serranía de Ronda.
(N. del E.)

Real, Puerto de Santa María, Rota, Chipiona, Sanlúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas. (1)

(1) Escrito esto ha venido á nuestras manos un número del *Guadalete*, diario que se públicа en Jerez, en el que hemos hallado un sumo placer en una composicion ligera,—pero escrita por pluma maestra, y por persona que se conoce que es competente en la materia,—los siguientes trozos que extractamos á continuacion, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre, de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlo. Aunque imitada, no podemos ménos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginacion, pues les añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable, instruyen y divierten á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro pais y de su historia, y si puede decirse, ilustran la amena literatura.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha, que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Córtes de Castilla, y desde el *Martirológio* hasta la moderna *Guia de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres, donde a cada paso no se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustáquio y Estéban, jerezanos, hasta el Arzobispo Palma; desde Garci-Gomez Carrillo hasta D. Tomás de Morla y D. Rafael de Arístegui, actual Conde de Mirasol; desde el marino Estopillan hasta el valiente Giraldino; desde el Presidente de Castilla, Mirabal, hasta el Fiscal del Consejo, Fernandez de Gálica; lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase, cuenta tantos

Las gentes de Jerez—(y no decimos los jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo, ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos)—las gentes de Jerez no son amigos de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz. Así es que aquella ciudad, que debería ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de vivir espléndido, no goza de estas ventajas. Fuera de las inmensas bodegas,—verdaderos palacios de las feisimas botas de vino,—fuera de algunas hermosas casas, labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera de su gran plaza de toros; no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo. Sus alrededores, que debian ser alamedas y jardines, son los de un villorro. Carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas anejas á la acumulacion de gentes, de caudales, de los adelantos de la cultura.

No obstante, dos cosas hay en la que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros, se unen y demuestran un gran desprendimiento; y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto

y tan buenos establecimientos de Instruccion pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un Instituto, y multitud de establecimientos privados, para la educacion de las clases acomodadas.

hemos visto, no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos, merezca mas sincera admiracion y mas justos elogios. Cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen; de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos; de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se vé aquel magnífico hospital; aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias, que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno: ¿Pues acáso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales, de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal; porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas, tan afamadas en Andalucía. Y como en cuanto á burlones y ligeros de sangre, llevan entre todos los andaluces los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María, la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entónces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban, de las burlonas saetas de los porteños. De ellas se podria formar un volúmen. Los jerezanos, por toda respuesta, hermoseaban cada vez mas su plaza. Ultimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos, y hasta remates dorados; y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entónces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos

sobre sus botas: *Sépase quién es Calleja.*—Los *coquineros* (1), que son, como otros muchos, muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es, ni propios ni mas baldíos que la mar,—quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos, para cuando llegase el invierno, iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulía plaza* (2).

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria. Veíase en ella hace años, al lado de una vereda, un sombrajo á cuyo amparo se habia establecido un hombre, que sobre una mesa despachaba alguna bebida. Andando el tiempo, habia labrado cuatro paredes, y cubriéndolas con anea; habia compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se habia llevado allí á su mujer y dos hijos. Detrás de la casa habia levantado un vallado, que formaba un corral cuadrado, en que de noche recojia unas cabras, que de dia llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; y habia hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin de que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeuntes de aquella ve-

(1) *Coquineros* se llama á los naturales del Puerto de Santa María, por la abundancia que allí hay de un marisco de la familia de las almejas, que llaman *coquinas*. (N. de E.)

(2) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. RR los Sres. Infantes Duques de Montpensier.

reda. La estaca se habia coronado á la primavera siguiente, de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada por su dueño, se habia hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran, con el queso de sus cabras, los ramos de mas despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solian ir á cazar, descansaban en la ventilla del Tio Basilio, haciendo un consumo cuyo valor pagaban quintuplicado.

Cuando empieza nuestra relacion, la mujer del ventero habia muerto, y su hijo mayor, de quien se habia hecho cargo su Padrino y Tio, que era un religioso de Santo Domingo, habia estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y pasado como Capellan de un Regimiento á Lima. Asi era que el Tio Basilio vivia solo y aislado; sin mas compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su Madre se habia acabado de entumecer; porque asi como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endeblos necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la Virgen y la Madre: así es que Dios las unió para formar el adorable Ser por medio del cual se identificó con ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre.

Estaban sentados ante la puerta del ventucho, sobre un banco de tosca mampostería, el Tio Basilio, que era ya un viejo débil y encojido, y su compadre el Tio Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente, y á alguna distancia, estaba recostado sobre unas matas de palmito, un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestia el traje de cazador, que consiste en unos sajones de *raja* (1) polaina y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, de los que por la parte interior tienen faltriquera, en que se guardan el pan de la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la expresion vulgar, *pintadita*, tenia algo de duro, y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenia nada de la jovialidad tan propia de la juventud. A su lado estaba su escopeta y un reclamo (*una perdiz*), en su puntiaguda jaula, cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo, y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles yerbas y monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantinela. Solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentian su poder en sus airosas colas, que se doblaban, y solian arrastrar, haciendo dar traspiés á sus dueñas. El gallo, de

(1) *Raja*. paño muy ordinario que usa en Andalucía la gente del campo.

cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hácia atrás, lanzaba al aire su canto, como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de lo *confortable*, habia sábiamente escojido para acurrucarse, un ángulo de la casa bañado del sol, y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba por entre sus guiñados párpados, disimuladas miradas á unos gorriones, que como los pobres de la mesa del rico, venian á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegria; y el silencio paz en el alma: el magnífico cielo parecia elevarla, y toda la naturaleza infundia tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazon: ¡Dios mio! ¡qué buena es la vida, cuando á Tí se somete como á su principio y como su fin!

—Vaya, compadre, decia su compañero al ventero, no se queje Vd.; que parece Vd. pobre de sopa. Siempre está Vd. con *turbieces* (1). Míreme Vd. á mí, á pesar de mis cuitas. Cuando me voy á acostár, me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: aquí están las trampas:— me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aquí están las penas:—me *presino* y duermo como un Patriarca: pues sin trampas ¡y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y Vd., al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atollancado: ¡por *via* de Barrabás!

(1) *Turbieces*, Como si dijera turbieces ó turbideces (*de turbio*), tristezas.

—Y qué quiere Vd.? si este dolor en la pierna lo he estrenado hoy, y esto echa el ribete á la empanada! Casa vieja toda es goteras: ¡y si no fuera mas que eso!!

—¿Pues qué mas le aqueja, compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo,—y lo llevaba en la mano! ¿Acaso no sabe Vd. que hay quinta; que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

—¡Como ha de ser! ¡ese hueso todos le tenemos que roer! No bien rompió mi Juan la casaca (1). cuando salió soldado mi Manuel; y tuve paciencia. —Déjelo Vd. ir, compadre: asi se espavilará, que metido como lo tiene Vd. con las cabras, está el muchacho *endehesado*. Yo fuí soldado y digo á Vd. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma. Verdad es que fui asistente, y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno. Le queria... que ni que hubiese sido mi hermano menor. ¡Mil vidas hubiese dado por él! Y no es un decir. Pues ¿vé Vd. esta cicatriz en la frente? Con esta me señaló un francés en la batalla de Medellin, por ponerme por delante de mi Teniente á quien iba á matar. El matado fué él. Pero me dejó este rásguño por memoria. Su hijo de Vd. necesita espavilarse, compadre; que está *cuajado*, y no sirve para mardita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz. No tiene las luces de su

(1) Cumplir el servicio.

hermano el mayor; pero tiene sangre de oorcha ta compadre. Tiene el sentir mejor que el *ronunciado*.

—¡Ya! entónces es como los borricos; que tod se les queda por dentro. Pues si no le quiere Vd. dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca Vd? De donde los tenge metidos, compadre. Pues Vd. sus cuartos ha de tener; que bien le rinden sus cabras, y el despachillo bien le dá. Mas que lo niegue Vd., que es mas estéril que un arenal; y no gasta mas que pachorra; ni dá, mas que los buenos dias. Así es que, cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas: sale el perro diciendo: *¡ambre! ¡ambre!*—sigue el gallo cantando: *siempre, lla hay aquí*;—y maulla el gato; *moriré estenuado* miau miau.

—Vd. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones. No se trata de bromas, compadre, sino de veras. ¿Qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—Solo me voy á quedar como un pitaco!

—Y hará Vd. malamente, compadre; traspase usted su venta, y véngase Vd. al pueblo.

—No puede ser eso, compadre. Aquí he vivido: estoy hecho, y no me hayo en otra parte alguna: aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El jóven que hasta entonces habia estado escu-

chando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose, y diciendo ¡upa¡

—Hijo, le dijo el tio Bernardo, el compadre del ventero:

El que al sentarse dice ¡ay!
y al levantarse dice ¡upa!...
no es ese el yerno
que mi Madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

—¡Valiente puñado son tres moscas! repuso el tio Bernardo Pero vamos á ver: ¿quién te manda andarlas? ¿No es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿Porqué te metes á aprender *latines?* ¡Por *via* de Barrabás! Para echarla de Usía; porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto. Y esos, hijo mio, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.—

—Tio Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene Vd. la lengua muy larga y muy afilada. Pero ¡anda con Dios! que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

—¡Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tio Bernardo, que el mucho humo te ahoga! Y no me avengas echando de pechisacado, ni con amenazas; que á mí no me amedrentas tú, ni veinte monos como tú. Canas tengo, pero no me valen ellas para el que, como tú, no tiene ni fé ni ley. Lo que

me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallorear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que habia sido nombrado Juan Luis Navajas, no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirijió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

--¡Caramba, compadre, y qué *rescuadra* le ha echado Vd. al barberillo! No parece sino que se la tenia Vd. guardada, dijo el ventero.

--Y *asina* es, compadre, repuso el tio Bernardo; porque ha de saber Vd, que mayor pícaro que ese no pisa las calles de Jerez. No todos le conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza,--y él lo sabe,--desde cierto lance.

--¿Y á qué se mete Vd. con este hampon mal encarado? Mire Vd. que le puede salir caro, y ande Vd. con el ojo sobre el hombro. Por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

--Compadre, yo no le temo: verdad es que me tiene ganas. Pero su pellejo guarda el mio.

El lance á que aludia el honrado anciano, y que nunca salió de sus lábios, fué que una noche habia acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El tio Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chivata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida. El buen viejo la recogió, á pesar de haber querido impedírselo el

barberillo.—Oye, Juan Luis, le dijo; no quiero perderte: si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien.

Desde entónces lo que debió ser agradecimiento, se habia tornado en el aprendiz de barbero en un profundo ódio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado tédio y encono contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco, se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él, como tenia de costumbre, para pedirle leche; y mientras José, que se entretenia mucho en su soledad con las cosas que solia contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba á ordeñar una de sus cabras, le dijo éste:

—Con qué.... ¿entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—¡Mira tú mi Padre que no me quiere libertar! ¿De qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¿Pues qué, tiene dinero tu Padre? preguntó Juan Luis.

¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asina; todo lo que gana lo hace oro. Y cuando murió el Padre de mi Madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—¿Pero dónde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

—Mi Padre está en que yo no lo sé, porque me

cree muy *cuaco*, respondió José echándose á reir; pero lo sé; y muy bien que lo sé! Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared contra el suelo, debajo de la cabecera de su cama; allí lo metió, y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcla, y luego todo lo encaló: así solo un zahorí dá con el escondite. Pero ya que no me quiere libertar, voy á tocar de suela; y zapatos han de romper ántes que den conmigo.

—No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cogiéndote, te meten en gayola, y en seguida te cargan con el fusil. Mira: yo tambien entro en suerte; y si salgo soldado, iré con los otros: lo demás no es sino tirar coces contra el aguijon. Más adelante, y cuando se presente ocasion oportuna, desertarémos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

—Si, respondió el aprendiz de barbero, siempre que me prometas callar como un poste: ¿lo harás?

—Por el alma de mi Madre! contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas, habia tenido lugar la quinta; y tanto al barbero, como al hijo del ventero, les habia tocado la suerte de soldados, y habian sido conducidos á Sevilla. Cómo es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Despues de algunos meses de

servicio en el Regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo su bien combinado plan de desercion que habia urdido, y que solo el dia antes comunicó á su compañero.

Huyeron, pues, siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose antes de llegar á este pueblo, por la sierra de Algar. Al sol puesto estaban extenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que éste conocia, para pedirles pan, lo que hizo ciegamente. En seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie transitase por la veredad, deberia ir en casa de su Padre, y haciéndole presente su situacion, exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora, fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer golpe de cólera de su Padre, á quien él se suponia capaz de convencer de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás, pidió á José su navaja, por si le acometia el perro bravo de su Padre, y asimismo un pañuelo para atarselo á la cabeza: ambas cosas le fueron al punto entregadas por José.

Al cabo de una hora; volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habria notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando éste le aseguró que habia hallado á su Padre inflexible; que

solohabia podido arrancarle su traje de pastor; que se le traía para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por mas seguridad, era necesario separarse; y que él se iba hácia Portugal, donde esperaba quedar oculto.

Abria el dia tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado, como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugía: las yeguas venidas para la trilla, unian el sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campestres; y el labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento qu Dios le enseñó á pedirle!

Caminaba el tio Bernardo como siempre, con firme paso y lijero corazon, hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar, estrañó ver la puerta abierta.

—¡Vaya! pensó, que ha madrugado el compadre! me alegro: por lo visto no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza; pero á nadie vió.

—¡Compadre! gritó en récia voz, y nadie contestó. Solo el perro del ventero aulló lúgubremente.

El tio Bernardo pertenecia á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasi-

bilidad completa, que ni altera el temor ni perturba la sensibilidad; que reciben las impresiones claras y definidas por la razon, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y los abultan. Y no obstante, la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio,—solo interrumpido por el lúgubre aullido del perro, que parecia helar aquella casa,—le impusieron. Paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesus María!—exclamó con hondo acento, al ver caida en el suelo una ensangrentada navaja: Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, y apenas la hubo abierto, dió un paso atrás. Desheclia la cama, su mal colchon tirado en el suelo cubria un bulto, pero no tanto que no asomase una mano lívida, la que yacia en una laguna de sangre: á su lado estaba sentado el perro, que volvió á aullar con mas desconsuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habian sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veia una palanqueta, con la que se habia abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí, un hueco oscuro y vacío; y cerca, algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tio Bernardo de una sola mirada.

—¡Róbado! murmuró, su oro le perdió!

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacia boca arriba: en la lucha que debió preceder á su muerte, su

camisa se habia desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre. Agotada la sangre que por ella se habia vertido, veianse los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro, como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima; la que con los ojos de par en par, y desalentados, y la boca abierta, como lanzando el último grito para pedir socorro, yacia ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan forman la muerte violenta y el crímen misterioso.

—¡Muerto! murmuró el tio Bernardo: ¡Dios le haya perdonado! añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo, que algunas horas despues habia de hacer desmayarse á un jóven escribiente, que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tio Bernardo salió, ató una cuerda al perro, que se llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del sumario y declaracion de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debia tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el Padre y su hijo José sobre ponerle sustituto: afirmando el muchacho á cuantos hablaba, que á su Padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite donde guardaba ese dinero, era

evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared; y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometería el asesinato, pertenecia á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió, en dias de marchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su Regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crímen:

Que la tarde ántes, al ponerse el sol, habia vagado el desertor por las cercanías, segun deponian unos pastores, á los que habia pedido pan y agua por no haber probado bocado en todo el dia:

Que buscando la partida al delincuente, habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentado á una muger que lavaba la ropa al Padre y al hijo, habia reconocido como perteneciente á José:

Que, fuera del dinero, lo único que habia faltado de casa del ventero, habian sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo.

Por consiguiente alcanzó el juzgado la conviccion de que era José el parricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada, despues de clavar en

la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía, como un horroroso cadalso despues de haber servido. El techo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible Simoun hubiese pasado sobre ellos!

En noches tempestuosas, cuando el viento que gime, busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á aullar en la vacía estancia y algun portazo que daba con violencia, hacía estremecerse al guarda ó al pastor que vagaban en aquellas cercanías!

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetracion de crímen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no lejos de Coín, un hombre vestido de cabrero, enfermo y extenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quien era y cómo se hallaba en aquel estado, le respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado, habia desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, en cuanto restablecido estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras, con la que se internó en los montes, en donde siguió oculto y desconocido, vejetando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches, sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salia de Gibraltar un

barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre la cubierta un jóven con elegante vestido de viaje, con un casaquin de mahon, pantalon igual y un sombrero de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyos cabos pendian por la espalda. Este jóven de aire petulante é insolente, era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque no se sabia por él, iba á Lima á recojer la herencia de un pariente: por lo cual los demás pasageros le acataban, incluso el capitan. Bien agenos de que aquel que por la insolencia con que se daba tono, sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa, era un aprendiz de barbero, un desertor, un ladron y un infame asesino! Porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos, fabricados por un judio en Gibraltar y bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna, siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambicion y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima, intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia: solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los pícaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivia: sus recursos disminuian, y el porvenir no le brindaba esperanzas. Asi es que se decidió, con la audacia que le era natural, por la carrera de las armas; porque siendo valiente, y estando estimulado por

su ánsia de figurar y de ocupar un puesto lucido en la sociedad, sentia que no habria en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviese pronto á acometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener sin marrar ni deslizarse, para llegar á sus fines. Ardia entónces en Lima la guerra, á que puso término la batalla de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa el *campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Cárlos III levantó el indio Tupac-Amaro el estandarte de rebelion contra la Metrópoli; el cual fué sometido por la lealtad y esfuerzo del General Don José Lavalle, primer Conde de Premio Real: y en ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la domínacion española en aquella parte de América.

Presentóse el falso Don Victor con su habitual osadia al General, que se apresuró á admitir entre sus filas al gallardo jóven, el que á poco tiempo, de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarría, su actividad é inteligencía. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el Coronel de su Regimiento, hombre de mucho mérito y distincion, que habia casado en Lima con una muger rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran éstos instruidos por el Capellan del Regimiento, que gozaba de la confianza y amistad de

Coronel, porque á las virtudes del Sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre, y un saber poco comun.

Hacia algun tiempo que Don Gaspar Camas, á quien todos llamaban el Padre Capellan, habia caido en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de si el olvido.

Una tras otra, y con corto intervalo, habia recibido el Capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del Rey, de un hermano suyo, la del asesinato de su Padre, y la de la muerte del Rector de Santo Domingo, su Tio y Padrino, que le habia educado, y al que todo lo debia. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el Padre Capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los rúegos del Coronel y de su muger, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia, con desaro; y la justicia se dá por vencida, porque su reino no es de este mundo. Así se verificó en la relacion que vamos haciendo. No era solo el valor el que proporcionaba á D. Victor Guerra cada dia nuevos lauros, puesto que en el Regimiento habia otros muchos tan valientes como él; sino era tambien la fortuna, que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse, que negaba á otros. Ella era la que ponia su dinero al naipe que habia de

ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenia; la que empujaba su gran ariete, la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva,—pocas lo son,—que el éxito es el que dá valor á las personas y mérito á las empresas. ¡Cuántos han pasado por menguados sin serlo! cuántos por entendidos, sin tener nada de ello, porque á la fortuna le plugo burlarse de la Justicia, segun llevamos observado!!! ¡Y qué bien dijo un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En la opinion de los hombres influye el éxito tan poderosamente, que el que logra, es encomiado, admirado y celebrado nécia y estúpidamente; así como el que no logra, es puesto á un lado y despreciado, mientras se rie la fortuna de este ridículo género humano, y llora la Justicia su impotencia sobre la nécia muchedumbre.

Varios años pasaron, en los que el fingido Don Victor, de cadete llegó á Comandante. El nuevo Comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Parecíale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crímen? ¿Hacíase ilusion de que la nueva posicion que se habia labrado, cubria con su esplendor el negro y ensangrentado hoyo, en que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió, era extinguido su delito? ¿Tenia con-

ciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido de que el ocultísimo delito se descubriese?—No podríamos decirlo; porque estos son arcanos de la maldad que sólo ella comprende.

Pero lo que sí creemos es, que hay hombres tales, que en ellos duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor. Cuando este falta,—por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por falta de temor, nacida en la ausencia de la fé y religion en cuanto á la justicia divina,—la conciencia decae, se duerme, se aletarga. Pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la vigoriza. Uno de estos momentos es el de..... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recogido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traido á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

Despues de la primera cura, el cirujano mandó que se avisase con prisa al Capellan, para que viniese á prestar los socorros espirituales al moribundo.

No tardó aquel en presentarse, y los amigos y demás oficiales pasaron á la pieza inmediata, dejando solos al Sacerdote y al moribundo.

Media hora despues salió el Capellan. Su rostro estaba espantosamente demudado; su rapidez era livida, y sus esfuerzos no bastaban á comprimir

un temblor, que hacia entrechocarse sus dientes con el cristal del vaso de agua que se apresuraron á ofrecerle.

—No es nada, no es nada: un vahido, respondia el Padre, á las preguntas que le hacian.—Ese cuarto tiene un ambiente sofocante, y antes de venir me sentia indispuesto: No es nada, señores: esto pasará al aire libre. Acudid al enfermo, que me parece siente alivio.

Efectivamente, hallaron al herido sumido en un sueño benéfico.

¿Qué habia puesto á este Sacerdote, tan naturalmente sereno, en tal estado? El lector, que conoce los antecedentes del moribundo, podrá inferirlo. ¡Acababa de absolver en nombre de Dios, cuyo ministerio ejercia, al arrepentido asesino de su Padre!

El Padre Capellan habia salido, y se habia dirigido con pasos trémulos á la iglesia, allí habia caido postrado, en cuya postura permaneció horas. Y cuando salió del templo, veíase como siempre su frente serena, sus ojos tranquilos, y su boca benévola!

Habian vencido, en aquella entrevista con Dios, el santo deber á los efervescentes sentimientos humanos; el ministerio á la personalidad; el Sacerdote al hombre! La calma habia vuelto á su ánimo; mas el físico se resintió. Al entrar en su casa fué acometido de unas calenturas cerebrales, que le quitaron todo conocimiento: su esfuerzo heróico le habia rendido.

Créese teorías morales, abstracciones místicas, exageraciones religiosas, la repetida doctrina de que las desgracias y males terrenos suelen ser favores de Dios: verdad que vemos confirmada todos los dias; pero que á pesar de eso es relegada por los pensadores filósofos entre las consejas de los *estúpidos* tiempos pasados.

La desgracia que habia puesto á D. Victor Guerra á los bordes del sepulcro, habia sido el golpe con que Dios habia despertado aquella entumecida conciencia. Si hubiese muerto empapada su alma en lágrimas de contriccion, despues de purificada por la expiacion, se hubiese salvado. Si aun quedando en vida, otras desgracias le hubiesen sobrevenido, acaso habria perseverado en la buena senda de la penitencia. Pero no fué así! Apenas convalecía, cuando un coro de alabanzas por su nueva hazaña, vino á lisonjear su orgullo; y esperanzas de adelanto volvieron á soplar sobre su insaciable ambicion. Los tres galones de Coronel brillaron en su porvenir como un punto luminoso y culminante. Mareado y deslumbrado, no pensó mas que en las glorias de la tierra. La conciencia, los remordimientos, los santos propósitos se desvanecieron: los ángeles buenos se velaron la faz, y huyeron de su cabecera!

Algun tiempo despues, su Coronel, que ya entónces era General, volvió á España con toda su familia, y persuadia á D. Victor Guerra, ya á la sazon Coronel, que le acompañase. Este, que veia

cumplidos sus mas ardientes deseos, concibió el propósito de alcanzar el apogéo de su suerte, consiguiendo unirse á la hija del General, que á una gran belleza y á una excelente educacion, unia las no ménos codiciadas ventajas de ser de nobilísima estirpe por su Padre, y heredera de una gran fortuna por su Madre.

Hundia la mente del ambicioso lo pasado en la profunda cima de lo borrado é inaveriguable, con reflexiones tranquilizadoras que de contínuo se hacia. Desde su salida de España, se decia para sí, habian pasado diez años: era imposible que nadie reconociese en el brillante Coronel D. Victor Guerra á Juan Luis, llamado por mal nombre *Navajas*, aprendiz de barbero de un barrio de la ciudad de Jerez. En cuanto á la muerte de un ente pobre, insignificante y aislado, como el ventero, era un hecho del que despues de tantos años nadie haria memoria.

El General quiso igualmente llevarse consigo al Capellan, que solo permanecia en América á instancias suyas; pero sabiendo este que les acompañaba el Coronel, buscó un protesto plausible para eludirlo y separarse por algun tiempo de sus amigos.

Los viajeros llegaron felizmente á Burdeos, destino del barco á cuyo bordo iban. De allí pasaron á Marsella, y de este punto á Málaga, que era la patria del General.

Solo despues de haber llegado á esta ciudad, se determinó el falso D. Victor á pedir al General la

mano de su hija, de quien habia sabido hacerse amar, y á la que se hacia ilusion de adorar.

Nunca habia amado aquel hombre sin corazon, y cuya vida agitada é inquieta, toda dedicada á dos fines, que eran conquistar un futuro tan incierto y eventual, y cubrir un pasado tan tremendo y amenazador, no le habia dejado notar que en la tierra germinan perfumadas flores y en el corazon dulces afectos. Pero ahora se persuadia de que amaba con furor; y no se mentia del todo á sí mismo. Hay personas, asi en el sexo femenino, como en el masculino, que aman en los objetos de su cariño, no su individualidad, sino la posicion, lustre y ventajas que el ser amados de ellas les proporcionan: que equivocan, por tanto, la pasion de la vanidad con la del amor. Sobre este asunto sabemos otro dráma, que puede que refiramos otro dia (1).

La proposicion de Guerra no agradó al General, á pesar de la predileccion con que le miraba; porque era evidente que podia aspirar su hija á un enlace mas brillante. Pero las lágrimas de esta y la intercesion de su Madre que la patrocinaba, acabaron por triunfar de su oposicion.

El Coronel tocaba, pues, á la cima de su ventura; se acercaba el momento en que nada le quedaria que pedir á la fortuna, que le daba aun más de lo que se habia atrevido á pedirle. Pero acaecia,

(1) Al hacer esta reimpresion, está ya escrita la indicada relacion, y lleva por título, *La Farisea*.

que mientras mas brillante se le hacia lo presente, mas espantoso yacía á lo léjos lo pasado; puesto que, mientras mas se desviaba este, y mientras mas glorioso aparecía el primero, mas horroroso se hacia el segundo; y por lo tanto, mas espantosa la posible reunion y choque de ambos. Apartaba los ojos de este inmóvil pasado; ¡pero no por eso se desvanecia! Muchas noches se dormia sonriendo á sus glorias, á sus amores, á sus esperanzas; y solíale despertar una horrorosa pesadilla. Ya oia una voz que le llamaba por su nombre, y por su odioso apodo; ya veia á José Camas aparecer como testigo acusador de la muerte de su Padre; ya al ventero, de rodillas, pedirle la vida; ya maldecirle en las ánsias de la muerte! Pero con los rayos del sol se desvanecian estas negras y lúgubres visiones, y volvia la confianza á su ánimo. Con el uniforme tornábase el altivo y osado D. Victor Guerra; y al ado de su prometida, se decia:—seguro estoy á la sombra de rama de tan buen árbol.

El General marchó con su familia á Madrid, en donde estaba establecido su hermano mayor. El Coronel, que estaba en Málaga de reemplazo, tuvo que permanecer allí, por haber sido nombrado por la autoridad militar para presidir un Consejo de Guerra, que debia juzgar á un desertor con circunstancias agravantes, cuyo Regimiento habia pasado á Cuba, y que habia sido hallado despues de muchos años de estar prófugo.

Habíase reunido el Consejo en el dia señalado.

Seis Capitanes, formando un medio círculo, oian religiosamente la acusacion, que, con los datos recojidos en el teatro del crímen, leia el fiscal. Era esta la de José Camas, cabrero de oficio, desertor y parricida. Del todo entregados á la alta mision que les era confiada, los Capitanes no notaron la lívida palidez, que como una mortaja, se estendió sobre el rostro del Presidente, al oir la acusacion y el nombre del reo; ni le vieron inmóvil retener con esfuerzo de atleta las oscilaciones de su oprimido pecho.

La lectura seguia, y las pruebas eran tremendas é irrecusables.

Entónces, un pensamiento de aquellos que envia el infierno, desde su mas profundo seno, á los hombres que ya tiene conquistados, se presentó fatídico y claro, como el relámpago que de su centro lanza una negra nube, al Presidente. Y fué este:—¡la muerte de este idiota es la lápida, que para siempre sepulta mi secreto!

Un momento despues añadió mentalmente la máxima vulgar espresada por algun La Rochefoucauld popular:—dijo mi vecino: «si uno ha de morir, que se muera mi Padre, que es mas viejo que yo.»

La acusacion terminaba pidiendo la pena de muerte. La defensa fué endeble, pues no hallaba bases en que fundarse, ni apoyo en el reo, que nada decia para disculparse, y no hacia mas que llorar negando su crímen.

—El infeliz fué introducido y sentado en el banquillo.

—El Coronel volvió su desalentada vista hácia otro lado.

—Pueden ustedes interrogar al reo, dijo el Presidente con voz firme, aunque ronca y sorda.

Los trés Capitanes mas jóvenes miraron con profunda compasion á aquel infeliz, envuelto en sus pieles de cabra, indefenso, estúpido, abatido y lloroso como un niño.

—¿No decís que la noche en que se cometió el crímen, no estábais solo? preguntó el primero.

—Sí, señor.

—¿Pues con quién estábais?

Al Presidente le acometió en este instante un violento golpe de tos.

—No lo puedo decir, contestó el encausado.

—¿Y porqué?

—Porque así lo prometí, repuso llorando el infeliz preso.

—¿Y qué hicísteis con el dinero robado? preguntó otro de los vocales.

—¡Señor, sí yo no he robado dinero ninguno!

—Sistema completo de negacion, dijo otro:—¡qué hipócritas los hay entre estos rústicos del campo.

—¿Reconoceis esta navaja? preguntó otro descubriendo la que se hallaba sobre la mesa.

—¡Yo, no! respondió el reo, que despues de diez años no recordaba su navaja.

—Basta, señores: dijo el Presidente, que al ver la navaja se habia puesto de pié con desaliento.—Que se lleven al reo.

—Señores; ¡por amor de María Santísima, mirad que soy inocente! exclamó el preso cruzando sus manos; ¡tened compasion de mí; por la Sangre de nuestro Salvador!

—Que se le lleven, gritó el Presidente.

—Señores, ¡soy inocente, soy inocente! gemia el infeliz entre sollozos mientras se le llevaban.

—Yo así lo creo, murmuró compadecido el mas jóven de los vocales.

—¿Y en qué fundais esa creencia? preguntó con vibrante voz el Presidente.

—En que al ver á ese hombre, he sentido llenarse mis ojos de lágrimas, contestó el Capitan.

—¡Prueba contundente! dijo irónicamente otro de los Capitanes. ¿Asistís por primera vez á un Consejo de guerra?

—No señor, contestó el jóven con viveza: he asistido á otro, en el que con horror y repugnancia condené al reo; porque, sobre mi conciencia, me obligaba por juramento el Código á hacerlo, Pero esta vez, y en atencion á este mismo juramento, le absuelvo.

—Sois dueño de hacerlo, dijo el Presidente; pero no ignorais que debeis dar vuestro voto por escrito y á vuestro turno.

—Es el mio el primero, repuso el jóven acercándose con viveza al pliego, y escribiendo su voto por la vida. Los demás escribieron sucesivamente los suyos, y cuando llegó el pliego á manos del Presidente, estaban los votos empatados.

La juventud, cuya hermosa prerrogativa es la generosidad, habia votado por la vida; los otros tres vocales por la muerte. ¡El voto del Presidente iba á decidir! (1) Este no vaciló, y tomando la pluma escribió:

«Visto lo que arroja de sí la causa de José Camas, es mi voto sea condenado á la pena de ser pasado por las armas, con arreglo á ordenanza y Reales órdenes aclaratorias del 17 de febrero de 1778, y 6 de marzo de 1815,» y firmó:—*Victor Guerra.*

Al dia siguiente salia en posta el Coronel para Madrid; al otro era fusilado el infeliz José Camas. ¡Pobre justicia humana, qué infalible te crees en tu arsenal de leyes y de Códigos! Y qué, no basta una sola sentencia condenatoria infligida á un inocente, para hacer que se suprima ese terrible derecho de condenar á muerte, que á tan atroz, aunque involuntario atentado, puede dar pábulo?

Poco tiempo despues de los sucesos referidos, se hallaba el Padre Capellan de regreso en Europa, encerrado en su habitacion de Jerez, entregado al mas profundo dolor. En sus manos tenia un papel público en el que con fecha de Málaga se daba cuenta de la ejecucion de un parricida: «Este in-

(1) Este voto del Presidente vale por uno si es de muerte, y por dos si es de vida. ¡Qué hermosa aparece la justicia cuando inclina su balanza á la clemencia!

»feliz, decia el papel, llamado José Camas, con»victo por irrecusables pruebas, nunca confesó su »crímen. Fuese natural ó fingida estupidez, no »pudo ó no quiso alegar ningun descargo, ni aun »disculpa alguna que atenuase su horroroso aten»tado. Murió humilde y abatido, sin dejar hasta el »último instante de protestar su inocencia.»

A esto seguia la lista del Presidente y vócales que habian compuesto el consejo de guera....

—¡El! ¡él!—murmuraba con asombro Don Gaspar—¡él! ¡condenar al infeliz, cuya inocencia le constaba! ¡Pobre hermano, mas cruelmente asesinado que su Padre! ¡Pobre ser, que se ha entregado indefenso á la fiera que le ha despedazado!

El Capellan habia dejado caer la cabeza entre las manos, y de cuando en cuando un sollozo hondo y seco desahogaba la opresion de su pecho. Dieron unos golpes á la puerta de su cuarto.

—No puedo ver á nadie, dijo con alterada voz el Padre Capellan: estoy indispuesto.

—Abra Vd., señor D. Gaspar, que soy yo, Bernardo, y me precisa hablarle, dijo una voz desde fuera.

El Padre Capellan, que conoció la voz del anciano amigo de su Padre, serenó en cuanto pudo su semblante, y abrió.

—Tio Bernardo, le dijo, sabeis la nueva desgracia con que Dios me aflige, y que no estoy capaz de ver á nadie.

—Todo lo sé, contestó el anciano; y mas de lo

que cree su mercé. Y asi vengo a decirle que su hermano era inocente.

—Harto sé, repuso el Capellan, que aquel infeliz era incapaz de cometer un crímen. Pero tales han sido las apariencias, tal su inercia en defenderse, que la verdad no ha podido hacerse luz.

—Su hora le llegará, D. Gaspar, repuso el veterano.

—¡Y será tarde! gimió el Capellan dejándose caer de un sillon.

—Esta será la pena que amargue lo que me queda de vida, señor;—dijo el tio Bernardo, por cuyas tezadas mejillas se resbalaron las dos primeras lágrimas que habia vertido aquel hombre, cuya entereza rayaba en estoicismo.—Pero este José no parece sino que era el primer interesado en que se cumpliera su desgraciado sino! Le habia encargado que lo primero que hiciese si llegaban á prenderle, fuera avisarme; y es lo primero que no hizo! Dios le crió corto de luces, y con su aislada vida se acabó de entumecer.

—¿Pues qué? ¿le visteis despues de haber desertado? preguntó el Padre Capellan con ansia.

—Si señor, contestó el tio Bernardo;—pero escuchadme, que todo os lo voy á referir.—Desde que cundió la voz de que era José el matador, dije yo que no lo era; y me las mantuve hasta con el juez, que me mandó llamar. No tenía mas razon que alegar, sino que conocia á aquel infeliz, que no era capaz de matar ni á una mosca, y que esta convic-

cion era mas fuerte que cuantas pruebas me pusieran delante. Mis sospechas tenia yo de quien fuese el reo, porque tambien la conocia de atrás; pero no podia aventurarme á nombrarle sin una prueba que á ello me autorizase.

—Pero ¿á quién sospechais de ese atentado?— preguntó el Capellan clavando los ojos en su interlocutor.

—A un alma de Cain que vos no conoceis, Padre. Esa es harina de otro costal, y saldrá á amasarse á su vez: todo se andará si la soga no se quiebra! Habia yo recojido, cuando la desgracia, el perro de mi compadre, que era valiente y fiel, como de buena casta. Un dia que pasaba por la abandonada venta, el animal se paró en la puerta, y se puso á aullar lastimosamente. Por mas que le llamaba, no queria seguirme, ni desviarse de la puerta. Preciso será, dije para mí, ábrirle, para que se desengañe de que su amo no está allí. Abríle la puerta, que por aquel entónces aun estaba en su lugar, y el animal entró presuroso. Anduvo las estancias como buscando, y parándose de cuando en cuando para alzar la cabeza y dar aullidos, hasta que llegando á un rincon, en el que solia dormir sobre un monton de paja, sacó de entre esta un giron de tela que se puso á despedazar con rabia. Me tiré á él, y e quité aquel giron, que al examinarlo, hallé ser la tira de un pantanlon, que desde luego discurrí habia arrancado aquel valiente animal al asesino, al verle acometer á su amo. Conocíase que el

perro habia saltado á la cintura del dueño de aquel pantalon, porque desde allí estaba arrancado el pedazo, el que tirado con violencia, se habia rajado hasta abajo; en un lado habia una pequeña faltriquera, y en esa faltriquera una carta.

--¡Una carta! exclamó agitado el Capellan.

--Si señor, una carta: aunque era de amores y nada aclaraba, tenia el sobre, y esto bastaba; que una chispa enciende una llama grande (1).

--¡Tio Bernardo! exclamó el Capellan levantándose y cruzando sus manos sobre su cabeza,--¡teniais en vuestras manos su salvacion, y habeis dejado morir á un inocente!

--Aguarde su merced, señor, que no he acabado, --repuso el tio Bernardo con calor,--oid hasta el fin, y juzgad despues. Al pronto, continuó el anciano, no supe que hacerme. José andaba prófugo por desertor, y no habia podido ser hallado; y otro

(1) En el territorio de la Audiencia de Mallorca se descubrió hace pocos años un horrendo asesinato, mucho tiempo despues de cometido, y sin que se le hubiese hallado rastro, por haberse encontrado en la casa en que se ejecutó, el taco de la escopeta con que habia sido perpetrado, y que era una carta de seguridad ó documento de la policia, del cual se habia quemado la mayor parte, pero quedando intacto el nombre del dueño, que era cabalmente el asesino, y confesó su crímen en cuanto de él se le hizo cargo con aquel mudo testimonio.

Asi burla la justicia de Dios, cuando quiere, las astucias de los hombres!

(*N del E.*)

tanto sucedia al reo. Pensé que si ese malvado llegaba á saber que era acusado, sería capaz de matar á José, para que nunca pudiese atestiguar contra él. Asi discurrí que era mas precavido guardar esta prueba de su culpa hasta que fuese preso, y de esta suerte, imposibilitado de cometer una nueva maldad. Tenia encargado á un escribano, prometiéndole un buen estipendio, que me avisase cuando viese en los papeles la prision del uno ó del otro. á pesar de que siempre estuve en el entender de que aquí serian traidos para seguirles la causa. Mas ambos parecian haber caido en un pozo; porque pasaron los años sin que nada se supiese de ninguno de los dos.

Andando el tiempo, llevárome unas diligencias de que fuí encargado, á Ronda, y desde allí tuve que andar algunos pueblos. Un dia que me habia internado en el monte tras una liebre, me hallé con un cabrero, en el que con sorpresa reconocí á José. —¡Muchacho! le grité, ¿tú por aquí?--Si señor, tio Bernardo, me contestó sin alterarse. Pero no se lo diga Vd. á nadie; no sea que me quieran volver á llevar al Regimiento, á ponerme casaca y corbatin.--¿Y te desertaste solo? le pregunté.--No señor, con otro; pero no puedo decir quién es, porque asi me lo pidió, y se lo prometí por el alma de mi Madre.--Bien está, no te lo pregunto, le repuse; pero di, hombre, ¿qué hicieron ustedes al desertar?--Nos vinimos á la sierra de Algar, contestó: al anochecer, mi compañero me mandó pedirle pan á

unos pastores que yo conocia, porque estábamos desfallecidos.--Ya, dije, ya estoy.--Y ¿qué hicieron ustedes despues?--Aguardamos la noche, me contestó José; y entónces fué mi compañero á ver á mi Padre, por si nos queria socorrer.--¿Y por qué no fuiste tú? le pregunté.--Porque mi compañero dijo que mi Padre se pondria fuera de tino s me veia desertado.--¿Y no te pidió nada tu compañero?--¿Qué me habia de pedir? Pero..... si! Recuerdo que me pidió mi navaja y un pañuelo, que no me devolvió, ni yo le pedí, porque cuando vino, estaba desatentado, habiendo visto á uno de la partida que nos venia persiguiendo. Me trajo el pobrecillo--¡Dios se lo pague!--mi ropa de pastor, que le pidió á mi Padre; diciéndome que me la pusiera, y me metiese por los breñales de la sierra; que él iba á tirar hácia la raya de Portugal. Y aquí estoy. --¿Y no te dió parte de lo que le dió tu Padre? le pregunté.--¡Que habia de dar mi Padre! ¡dar! ¡ya iba! Nada le dió; eso bien se lo previne yo antes que fuese á pedírselo.--Es que tu Padre no tendria dinero, hombre, le dije.--Si señor; ¡vaya si tenia! y mas de cien onzas de oro tambien! que yo las *cuqué* (las atisbé).--¿Y le dijiste esto á tu compañero?--Si señor; pero á la par le dije que ántes se le arrancaba á mi Padre el corazon que sus onzas; y asi sucedió.--Oye, José; ¿y no te dijo tu compañero que tu Padre habia muerto?--¡Maria Santísima, señor! ¿pues qué, se ha muerto su mercé?

Mis temores tenia yo de que aquel condenado

hubiese podido pervertir á José; porque al fin, dice el refran, que la sangre se hereda y el vicio se pega. Pero hizo el cuitado esta pregunta con tanta sorpresa y dolor, que si aún me hubiese quedado duda sobre su inocencia, se hubiese desvanecido.

—Si, hombre: le dije, murió!

Entonces José se puso á llorar á sollozos: le consolé cuanto pude, y acabé por decirle que veoria de lograr su indulto. Pero que si entre tanto era reconocido y preso, le encargaba que lo primero que hiciese fuera darme aviso, lo que me prometió: despues de lo cual, nos despedimos. Apenas habia andado unos pasos, cuando me volvió á llamar.—Tio Bernardo, me dijo, en la pared de la cabecera de la cama de mi Padre, pegado al suelo, hay un hoyo en donde tenia mi Padre emparedadas sus onzas; sáquelas Vd. y mándele decir misas al pobrecito de mi alma.—Bien está, contesté compadecido de ver cuán ajeno estaba el cuitado de la espantosa realidad y del tremendo cargo que, gracias á las astucias endemoniadas de otro, sobre él pesaba.—Vuestro Padre fué el muerto, prosiguió el tio Bernardo presentando á D. Gaspar la tira del pantalon que contenia la carta: aquí teneis la condenacion de su verdugo!

El Padre Capellan alargó bruscamente la mano para asir lo que le presentaba su interlocutor; pero la retiró con un movimiento de horror.

—Envolvedla de nuevo en los papeles en que la guardabais, le dijo. Y mientras el tio Bernardo

cumplia con despacio el encargo, el Padre Capellan se paseaba en un violento estado de agitacion por la estancia.

—Ya está, dijo al fin el anciano alargando un bien envuelto bulto al Capellan; mas este, parándose ante su interlocutor, pálido y alterado el semblante, pero con una mirada inspirada, le dijo:

—Los muertos solo necesitan sufragios. Guardad vuestra prueba condenatoria: yo la rehuso.

—Señor, exclamó el anciano, ¿no deseais que se castigue á un criminal?

—No, porque..... esto ya nada remedia!

—¿Y os parece poco que se sepa la verdad? ¿no quereis revindicar la memoria de vuestro hermano?

—¿Para qué? repuso con abatimiento el Capellan.

—Para borrar la ignominia que deshonra vuestra familia, que aunque pobre, tiene patente de honrada.

—Mi familia se extingue en mí.

—¿Y vos quereis cargar con el sambenito, señor?

—Yo, tio Bernardo, no permanezco aquí donde me conocen. Pienso agregarme á las misiones de China, de las que pocos vuelven.

—¿Y la justicia? ¿y la vindicta pública, señor?

—Sus ministros tiene, tio Bernardo.

—¿Pues qué, ¡perdonareis!....

—Haré lo que pueda para lograrlo. Y lo primero será no tratar de perseguir al reo.

—Señor,—dijo con una mezcla de respeto y

impaciencia el tio Bernardo;—eso es ser santo!

—No: es simplemente levantar la mano en las cosas de la justicia mundana, en las que no quiero intervenir. Y no creais que sea preciso ser santo para esto: la sola sabiduría humana lo enseña; pues un poeta indio ha dicho: «la virtud perdona al malvado, como el sándalo perfuma el hacha que le hiere.»

—El Padre de su mercé decia que José tenia sangre de horchata; y quiéreme parecer que esta es la de toda la familia, Padre Capellan. Si yo supiera donde habia de dar con el reo, habia de llevar su merecido. Y mas le digo á su mercé, y es que creeria cumplir con mi deber de hombre honrado, arrancando la máscara de un bribon.

—Cada cual tiene ó entiende los suyos á su manera, tio Bernardo, contestó el Capellan. Pero difícil será que deis con él; que desaparecido hace diez años, estará expatriado ó muerto. Rogad mas bien por su alma, ó por su conversion.

—Señor, dice el refran «que á carrera larga nadie escapa.» Y ahora que no puede dañar, no he de parar hasta que no dé con él; que «con viento se limpia el trigo, y los malos, con castigo.»

—Si con buscarle y acusarle cumplís con vuestro deber de hombre honrado, al perdonarle cumplís con una virtud de cristiano, tio Bernardo.

—¡Por vida de sanes! exclamó el anciano, eso es perdonar sin tino, señor; y maldades hay que no lo merecen.

—No hay culpa exceptuada en el gran precepto del perdon, tio Bernardo.

—Pues señor, repuso el veterano con energía, yo no estoy como su mercé, con un pié en el cielo ¡y le aseguro que si doy con ese bribonazo, por la leche que mamé! que ha de pagar sus delitos. ¿Y creeis, Padre, que me condenaré por eso?

—No digo eso, amigo Bernardo, no digo eso: he expresado mi sentir sin acriminar el ajeno, ¿Pero á qué discurrir sobre este asunto, cuando es casi una imposibilidad que halleis al que creeis reo?

—¿No hallé á José? repuso con viveza el anciano.

—Fué una gran casualidad, tio Bernardo.

—Es que hay casualidades que parecen providencias, señor D. Gaspar.

—Considerad que diez años cubren con un espeso velo lo pasado.

—Señor, dice el refran que *mas largo es el tiempo que la fortuna*. Se hallará. Y ya que vos no quereis hacerlo, yo le buscaré; y si le hallo.... ¡de Dios le venga el remedio! Por lo pronto voy á llevar mi deposicion al juez, dijo el anciano alejándose precipitadamente.

Una mañana estaban reunidos el General y su hermano mayor en el despacho del primero, que habitaba una hermosa casa, en una de las calles principales de Madrid. El General parecia abogar con calor por alguna cosa que su hermano reprobaba, y ambos interesados altercaban en su contienda.

—En ninguna época, como en la nuestra, decía su hermano al General, se han visto hombres colocarse en primer término, y figurar, ya por su riqueza, ya por su rango, ya por su preponderancia política, ya por sus excentricidades, sin que se haya averiguado ni el rincon oscuro de donde salieron, ni las circunstancias que les sirvieron de escalones para subir. Mancomunado el misterio en que se envuelven estos improvisados personajes, con el *qué se me dá á mí* de una sociedad que vive al dia, sin cuidarse más que de lo presente, lo pasado queda sin huellas, como el rastro de un barco entre las olas del mar. Se ha filtrado tanto esta tendencia, se ha generalizado á tal punto este divorcio con el pasado, este desdén por la cuna, este olvido indiferente hácia aquellos á quienes debemos la existencia, nuestra crianza y nuestro nombre, que es poco frecuente oir á los hijos en general, y á los encumbrados en particular, recordar á sus Padres con aquel cariño, aquel respeto, aquella veneracion que les es debida solo por serlo.

—Hermano,—contestó el futuro suegro del Coronel,—es tendencia general de los ancianos, la de enaltecer el tiempo pasado, deprimiendo el presente. No quiero seguirte en este monótono carril.

—Cierto es que así sucede á ancianos y no ancianos, cuando se trata de las malas tendencias que dominan. Y cada éra tiene las suyas propias, porque la humanidad, así como las naturalezas, son y serán imperfectas, por mas que los filósofos re

generadores y los modernos Hipócrates se afanen en querer lo contrario. Si curan una enfermedad moral ó física, aparecerá otra nueva; y siempre morirán igual número de vivientes con otras enfermedades, y aparecerán malas tendencias con otros giros. ¡Esto ha sido, es, y será siempre!

—¿Y todo esto, repuso el General, para venir á caer en que desapruebas el casamiento de mi hija con el coronel Guerra?

—Es muy cierto, hermano.

—¿Y sin mas razon, prosiguió el General, que la de no conocer á su Padre, á su abuelo y á su tatarabuelo?

—En parte sí, puesto que han de ser los de sus hijos, que serán mis sobrinos y herederos.

—Son unos ricos hacendados en Zahara, y su apellido es ilustre.

—No hay apellido ilustre sin filiacion. Me he informado por conducto fidedigno, y he averiguado que si bien existen individuos de ese nombre allí, son pobres jornaleros, que han tenido un hijo que en 18 .... fué embarcado como soldado para América, y que están en la persuacion de que su hijo ha perecido, pues nunca mas han vuelto á saber de él.... El Coronel dice que sus Padres han muerto: ahora bien, ¿qué te parece de renegar así de sus Padres porque son pobres?

—Seria horrible si fuese cierto.

—¿Y qué te parece, hermano, el decirse hijo de ricos propietarios, siéndolo de pobres jornaleros?

--Sería ridículo, si fuese exacto.

--¿Me darás, pues, la razon si desapruebo este enlace con un hombre que une al feo borron de descastado, tan miserable vanidad?

--Hermano, no creo en tus noticias; esos Guerras serán otros; es un apellido muy general. Mas dado caso que fuesen ciertas,--¿son estas debilidades humanas, suficientes para contrapesar las muchas otras ventajas que hacen del Coronel Guerra una boda brillante si nó lucida? Su carrera es brillante, su mérito incontestable.

--Bien está, bien está; eso es en cuanto á su vida militar. ¿Pero.... y en la privada?

--No hay uno de sus compañeros que no haga de él en este punto elogios; además es rico.

--Sí, dijo con amarga sonrisa el anciano; fortuna hecha al juego!

--Eso es pecado venial en América, hermano, repuso riéndose el General penosamente afectado, y no pudiendo dejar de defender á su presunto yerno.

--¡No digo! exclamó con amargura el anciano: ¡lo pasado es el surco en el mar! ¿Qué estraño es que se pierda la vergüenza, si hoy dia, aun personas tan virtuosas y llenas de pundonor como tú, se constituyen en quita-manchas de las mas feas?

--Pero, hermano,--dijo con triste inquietud el General;--mi hija le quiere.

--Tu hija es una excelente y dócil niña, que no se habria dejado llevar de su cariño, si te hubieras opuesto á él.

En este momento entró radiante el Coronel, el que halló, como de costumbre, frio y seco al hermano del General. Este, en cambio, se esforzó en indemnizar á su futuro yerno de tan visible desvío prodigándole muestras de afecto y de cordialidad.

No habia pasado un cuarto de hora, cuando dieron unos golpes á la puerta del despacho.

—¡Adelante! gritó el General.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio un anciano aseadamente vestido con el traje de campesino andaluz.

—¡Bernardo! ¡por fin viniste!—gritó el General, apenas le vió, arrojándose hácia el recien entrado, y echándole los brazos al cuello. Cogiéndole en seguida de la mano, lo arrastró tras de sí al interior del despacho, y presentándosele á su hermano y al Coronel,—aqui teneis, dijo, á Bernardo, mi fiel y valiente salvador, al que debo la vida. Mirad, mirad, añadió desviando las canas de la sien del que llamaba su salvador, mirad esta cicatriz que estampó el sable del enemigo: aqui está imborrable la prueba de su lealtad, como lo está su recuerdo en mi corazon. ¿Pero cómo te vá amigo? Ya veo que los años han pasado sobre tí como sobre un robusto roble, sin haber hecho mas que platear tu cabello y curtir tu enérgico semblante.

—Señor, contestó el anciano, de salud no me vá malamente; y de ánimo lo mesmo, pues aunque mis tramojos paso, no me amilano; que pesadumbres no pagan trampas. Su mercé Usía sí que está arrogante!

—¡Ya! ¡cómo que tienes diez años menos que yo! ¡Ya sé que su Excelencia se ha casado, y tiene hijos como pimpollos! ¡sea para bien!

—Ya los verás, Bernardo, ya los verás; ¿y los tuyos? ¿y tú mujer?

—Señor, mi mujer está tan encojida y arrugada, que parece una castaña pilonga. Los hijos, uno sirve al Rey, los demas están casados, y con un celemin de hijos.

—Bernardo, tú no te separas mas de mí.

—Señor, ¿y cómo dejo á la mujer?

—Te la traes.

—¡Qué, señor! mas fácil es traerse á la Cartuja! Allí está endiosada entre los hijos y los nietos, y con mas raices que una cepa.

—Pues bien, voy á finçar, y no te faltará buena colocacion: tus trampas cuéntalas desde ahora entre los muertos. Aqui tienes, añadió el General señalando al caballero anciano, á mi hermano, de quien tanto te hablaba; y aqui, prosiguió señalando al Coronel, al que vá á ser mi yerno.

Al ver al antiguo asistente, D. Victor Guerra habia mudado de color, y hasta hecho un movimiento para tomar su sombrero y alejarse. Pero reflexionando con su acostumbrada presencia de ánimo que el encuentro con aquel hombre no era fortuito, y que deberia repetirse diariamente en lo sucesivo, sostenido por su siempre triunfante audacia, y por la confianza de que no era posible que fuese reconocido, habia vuelto á sentarse,—al parecer tran-

quilo,—y leia un periódico. Al oirse presentar por el General á su antiguo asistente, levantó con arrogancia la cabeza, que inclinó ligeramente para saludar al recienvenido.

Pero apenas le hubo fijado éste, cuando se pintó en su abierto semblante el mas profundo asombro, y no pudo desviar la vista de aquel rostro pálido y altanero.

Entretanto el General se habia levantado y tocado la campanilla.

—Llévate, le dijo al criado que entró, á este huésped que me ha llegado: que se le sirva de almorzar y se le atienda como á persona de mi propia familia. Anda á descansar, Bernardo, añadió, que en seguida quiero presentarte á mi mujer é hijos, que ansian por conocerte. Y empujando por el hombro al anciano, que continuaba absorto, le hizo seguir al criado.

—¿Cómo se llama ese Coronel? preguntó al criado el tio Bernardo.

—D. Victor Guerra: ¿le conoceis?

—Juraria que sí, contestó el huésped; pero por entónces no era Coronel, ni se llamaba D. Victor Guerra. Mas como de esto hace tiempo, antes de afirmarlo quiero cerciorarme de si es el mismo.

El tio Bernardo no habia podido pasar un bocado. A poco se habia levantado, y con pretesto de ir á buscar sus alforjas al meson, habia salido. Pero no habia pasado del portal; en el que parado, y con una mirada ardiente y ansiosa, aguardaba,—al

parecer;—algo que conmovia todo su ser. No podia aun dar crédito á sus sentidos al reconocer en el Coronel al asesino del ventero; é iba á valerse de una treta para cerciorarse de la verdad.

Al cabo de media hora se oyeron pasos en la escalera; el anciano levantó su ansiosa vista, y vió bajar con toda su arrogancia al que esperaba. Retiróse á alguna distancia ocultándose á la sombra.

Apenas traspasaba el Coronel el último escalon, cuando oyó una voz que decia:

—¡Juan Luis!

El Coronel volvió instantáneamente la cabeza.

—¡No has olvidado tu nombre! exclamó el tio Bernardo, poniéndose frente al Coronel. Juan Luis *Navajas*, ladron, asesino! Lo que sí pareces olvidar en tus postizas grandezas, es que «la verdad adelgaza, pero no quiebra.»

El Coronel como herido de un rayo al oir formulada aquella tremenda acusacion, habia tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse. Mas reponiéndose instantáneamente,—como el que habiendo caido en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie,—se recobró, y dijo con una vehemencia que en ano trataba de disimular bajo la capa de un frio desdén:

—¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura, ó castigar vuestra osadia?

—¡Osadia! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion.—¿Quién habla de osadia? ¡vil,

infame! ¡tú, que sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! Has creido poder, como la serpiente, soltar tu piel y seguir arrastrándote impune con otra; olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada!

—¡Viejo estúpido ó insensato, refrenaos!—exclamó con ira el Coronel,—y no abuseis de la prudencia que observo, en consideracion al General. Pero, callad; y no me forceis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

—¡A la justicia, sí! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo!

El Coronel soltó una seca y acerba carcajada.

—Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano: por su mal le nacieron alas á la hormiga! Subiste sirviéndote de hincapié un robo y una muerte: hiciste mas: urdiste con tal maldad tu trama, que en ella hiciste perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí, estabas salvo.

El Coronel echó mano á su espada.

—Quieto! dijo el anciano; que una muerte mas no te salva. Porque las pruebas de tu délito no mueren conmigo; que en manos de la justicia las dejé, y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado!....

—La gloria y el dinero son para quien los gana, y ganados los tengo, rústico, deslenguado, dijo el Coronel con altanería.

—Sí, sí, te sopló la suerte, como una desatina-

que es. Pero ya todo se te acabó; y pagarás el capital y los réditos. Porque sábete Juan Luis, que *mas largo es el tiempo que la fortuna.*

—Considerad que yo os acusaré de calumniador infame; á no ser que generosamente os perdone, si os retractais de lo dicho, y prometeis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el Coronel, que nunca perdia la cabeza.—En ese caso os prometo, en consideracion al General, ser vuestro ferviente protector. Soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro, puede estar seguro de mi gratitud. Desde ahora podeis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

—¡Anda, anda, mal nacido! que aunque me ves vestido de lana, no soy oveja, respondió el veterano. El que, como tú, tiene echada el alma atrás, no es estraño que trate de sobornar á un hombre de bien. Pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas. ¿Pues qué? ¿te habia yo de dejar casar con la hija del General? ¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? ¿habias tú de seguir impune disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

—Pues callareis para siempre, ya que perderme intentais, exclamó con honda voz en una explosion de ira el Coronel. Pruebas de vuestra calumnia ni teneis ni podeis tenerlas; pero basta ella para manchar mi inmaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de sí con

una pistola en la mano hácia el anciano. Pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa, habia logrado serenar la tempestad de su alma.—¡Serenidad! se dijo, ¡sangre fria, que es la que salva!=¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existe. Negaré.—¿Quién no creerá al Coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mala hora se ha hallado en mi camino! El General le aprecia y tiene fé en él: pero...: ¡valor! Juguemos el todo por el todo. Mi buena estrella no me abandonará: en ella confio.

El Coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas, que empezaba y cortaba con desasosiego, que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta. Sorprendióle, porque de nadie podia esperar comunicacion alguna: abrióle presuroso: era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia.

FUGE, LATE, TACE!

Aunque la letra era fingida, el Coronel creyó reconocer la del General: quedó inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecia en su trémula mano.

—¡Lo sabe! murmuró. El mal viejo se lo ha dicho! Pero no le habria dado tan entero crédito un

hombre de tanta cautela como el General, si no le hubiese comunicado esas pruebas de que me habló..... Pero.... ¿cuáles pueden ser?.... No existen..... ¡miente el villano!.... Y no obstante, hay ciertamente..... hay ciertamente un Génio, enemigo del reposo del hombre, que suele alguna vez, cual los vampiros, desenterrar cadáveres yertos y olvidados, del centro de la tierra. *Fuge, late, tace*! huye, ocúltate, callal—¿Y con qué fin me traza esa línea de conducta el General? ¡Está claro! Quiere evitar un escándalo que avergüence al Regimiento de que fué jefe, que abochorne á la muger que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! ¡Compañerismo, amor, amistad!..., ¡palabras huecas y sin raices, que no resisten á un impulso de orgullo!

Así raciocinaba aquel hombre. ¡Y no es él solo! ¡Cuántos culpan, como él, á la sociedad y á los afectos, por no culparse á sí propios! ¿Cuál será la verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veia—con tanta mas rabia y asombro cuanto que no lo aguardaba,—desmoronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer,—levantado como estaba sobre una sepultura y una mentira,—al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz, á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos!

Aun reflexionó algunos instantes aquel criminal,

hecho tan insolente por su fortuna: se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

No se engañó en sus cálculos. La carta era del General. Este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como Coronel del Regimiento en que hábia servido aquel infame, horrorizado y humillado como Padre, del que habia admitido por yerno, quiso á toda costa evitar el público escándalo de la aprehension y condenacion del criminal.

Cuando el tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le habia sido necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

—Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas, dijo. Pero.... ¿á dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? Y Dios consiente; pero no para siempre. Su hora ha de llegar; que quien mal anda, mal acaba.

El tio Bernardo hablaba proféticamente; porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

"Las casas de juego siguen siendo cuevas de "crímenes. En la pasada noche ha tenido lugar "en*** Street el mas horroroso suceso. No há mu- "cho que llegó aquí un español que se apellidaba "D. Claudio Jaen: su carácter altanero, su humor

"irascible y su aire provocativo le habian hecho "odioso en los alojamientos en que habia vivido. "Pasaba sus noches en las casas de juego, en las "que ganaba con tan loca fortuna, que se susur- "raba entre los demás jugadores que no jugaba "limpio.

"Entre estos el mas encarnizado contra él era "un limeño de poco buenos antecedentes, que ase- "guraba además haber conocido al referido sugeto "en Lima, en donde llevaba el nombre de D. Vic- "tor Guerra. Supo todo esto al entrar anoche en "la casa de juego el llamado D. Claudio Jaen, y se "puso á un estado de furia difícil de describir. "Al ver entrar poco despues al limeño, se arrojó "sobre él con furia clavándole un puñal en el pe- "cho; mas no pudo llegar á su antagonista tan "pronto que no hubiese éste sacado una pistola "que descargó á quema-ropa sobre su agresor, "exclamando: señores, ya veis que castigo á un "asesino.—La muerte de D. Claudio Jaen fué ins- "tantánea; el limeño vivió algunas horas, y esta "tarde ha dejado de existir."

Tambien pudo verse algun tiempo despues en los periódicos españoles una carta de un misionero en que daba cuenta del martirio sufrido por otro, llamado el Padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tio Bernardo por el General.

—¡Vaya! dijo; cada cual ha muerto como ha vivido: el uno, como un santo Mártir; el otro, co-

mo un ladron y asesino.—Dios premie al uno, y perdone al otro!

—Vaya, Bernardo: esa es una buena palabra, que me alegro verte aplicar á ese hombre, que tanto has odiado y tanto has perseguido, le dijo el General.

—El campo santo es un sagrado, señor!—Delante de una sepultura no debe el cristiano tener mas que oraciones!—repuso el tio Bernardo.

FIN.

JUSTA Y RUFINA (1).

CAPÍTULO I.

Lo bello es lo que agrada á la virtud docta y culta
DE MAISTRE.

Ni los Padres que forman á sus hijos segun ellos mismos, ni los preceptores que pretenden desenvolver solo las inclinaciones naturales, logran sus fines. De este conflicto eterno entre la naturaleza y la vida, se puede inferir que hay una mano poderosa y oculta, que educa tanto á las naciones, como á los individuos.
SCHLOSSER.

La vida presente no es sino una tránsicion, una prueba, pero no un término.
DESNOIRESTERRES.

La hermosa y distinguida Marquesa viuda de

(1) Es de notar que en esta *Relacion* no actúan mas que mujeres, así como en la que antecede, y lleva por título, *Mas largo es el tiempo que la fortuna*, actúan únicamente hombres.

Villamencía, sentada en el cierro de cristales de su gabinete, fijaba su triste y lánguida mirada en su hija, que en medio de la habitacion estaba jugando con otras criaturas de su edad. Esta niña, que tenia cinco años, era el tipo de una pequeña *wilis*, con su tersa y alba tez y sus rubios cabellos, que flotaban en gruesos rizos sobre sus espaldas desnudas; las miradas de sus ojos azules eran tan dulces, que se volvian tristes cuando se fijaban. No siempre es dulce la tristeza; pero la dulzura por lo regular es triste, puesto que siempre se siente oprimida por la fuerza, ó lastimada por la soberbia, ó herida por la dureza, ó acongojada por la lástima.

Frente á esta niña habia otra como de siete años, cuyo tipo era vulgar. Su rostro era basto y moreno: sus ojos negros y grandes hubiesen sido bellos, si la mirada audaz, curiosa, sostenida y molesta que les era propia, y que con desenfado clavaba su dueña en cada persona y en cada objeto, no los hubiese hecho sobremanera desagradables y repulsivos.

Al lado de la Marquesa estaba sentada una de esas personas, de que con tanta propiedad se ha dicho, que quitan la soledad y no dan compañía: antes pesados, inoportunos, que abruman y fatigan como el calor; y tan nécios que no lo conocen Era esta una señora, viuda hacia muchos años de un administrador de loterías, el que al casarse con ella, se habia adjudicado á sí mismo el premio

grande. Dicha señora conocia á la Marquesa desde jóven, y la trataba, no solo con la confianza que se tomaba en todas partes sin que se le diese, como una instintiva y genuina socialista, sino tambien con cierto aire é ínfulas preceptorales.

—¡Válgame Dios, Marquesa, le dijo. Siempre estás triste! Si es porque se murió tu marido, ¿eso ya qué remedio tiene? Si es porque tu hijo es un cena á oscuras, es hácia la cola y no quiere estudiar, consuélate con que no es el solo de su jaez: si es porque te sientes emferma, tampoco es ese un motivo para estarlo, porque las gentes enclenques viven tanto ó mas que las robustas.

¡Qué don de decir cosas desagradables tienen algunas personas! ¿Don dijimos? Pues dijimos mal. Debimos decir *falta*: falta de educacion, falta de finura, falta de delicadeza, falta de benevolencia, y sobre todo, falta de bondad! El primer *deber* (ya que *impulso* no sea) que tenemos en nuestras relaciones con el prójimo, es pensar bien de él; la primera regla de finura y de delicadeza en el trato social, es demostrárselo así. Los malévolos juicios y su grosera expresion, denominados hoy *mundo* y *franqueza*, conseguirán al fin el que sea nuestra sociedad mil veces peor y mas díscola que la de los Hotentotes. ¡Y se habla mucho, mucho, de cultura y civitizacion! sí, ¡cómo el ciego, de los colores!

La Marquesa, que era una muger fina, se contentó con responder al impertinente apóstrofe de la ad ministradora:

—Me duele la cabeza.

—Ya, repuso la visitadora; no es extraño; con el ruido que están haciendo esas niñas!....

—¡Pues si apenas hacen ninguno! dijo la Marquesa; además, si lo hiciesen, no me molestaria: la presencia de mi hija es todo mi encanto, toda mi alegria, todo mi recreo.

—¡Anda con Dios! repuso la viuda, en lo que concierne á tu hija; Justita es una buena niña, dócil y bien mandada. Pero lo mismo toleras á esa Rufina, que bien se le puede decir Rufiana, tan suelta de ademanes como de lengua, tan mal encarada como caridelantera. No sé como la puedes sufrir á tu lado, ni tolerarla al de tu hija.

—La he criado á mis pechos, respondió la Marquesa; y quizás por eso le deba la vida, pues cuando nació muerto mi penúltimo hijo, la subida de la leche me puso á morir.

—¡Por cierto que tuvieron buena ocurrencia entónces, de traer para que la criases, una criatura del hospicio! dijo ágriamente la áspera viuda.

—Yo asi lo exigí por muchas razones, señora.

—¿Y cuáles eran estas? ¿me lo querrás decir? Pues no acierto cuáles pudiesen ser.

—La primera, contestó la Marquesa, fué la seguridad de que no pudiesen arrebatarme mas adelante la criatura que habia alimentado á mis pechos. La segunda fué hacer una obra de caridad dando Madre al pobre ser que no la tenia.

—Esos sentimientos, dijo la ex-administradora,

son muy bonitos impresos en novelas. Pero en la práctica lo que dices es cháchara, y no se puede uno en el mundo guiar por ellos, pues hacen cometer imprudencias que luego pesan.

—Pero, señora, (dijo la Marquesa al fin, cansada del atrevimiento de una persona que tan ágriamente compensaba los beneficios que de ella recibia, y con tanta inconveniencia le reprendia la caridad que con otro ejercitaba)—lo que estais diciendo son vulgaridades sentenciosas, que son las mas insoportables de todas; axiomas á lo Sancho Panza; fallos infalibles de escalera abajo. Si para hacer el bien tuviésemos una seguridad de que de ese bien nos resultaria provecho, ¿dónde estaria el mérito de hacerlo? Cada dia vemos á los pobres sacar niños del hospicio, apegarse á ellos, prohijarlos y amarlos como propios. ¡Triste es decirlo! añadió la Marquesa suspirando; pero el pueblo nos dá continuamente ejemplos de caridad. Los ricos somos los que no conocemos la verdadera generosidad, puesto que esta no consiste en dar una moneda, sino el hacer el bien sin cálculo. ¡Qué perfectamente ha dicho Balzac, que la «avaricia empieza donde acaba la pobreza.»

—¡Toma! contestó la viuda, los pobres lo hacen, porque cuando son mayores los niños, les ayudan con su trabajo.

—¡Señora, por Dios! cuando esos niños son mayores, ó salen soldados, ó se casan; bien lo sabeis.

En seguida se dibujó en el rostro de la Marque-

sa una amarga sonrisa, y añadió á media voz como hablándose á sí misma: ¡No hay flor en la naturaleza material, que no marchite el solano; ni hecho noble y generoso en la naturaleza moral, que no aje la malevolencia!

—Mucho habria que decir sobre esto, repuso acerbamente su interlocutora; lo que únicamente te diré es que has de sentir y llorar lo que has hecho.

—Podrá ser, dijo la Marquesa: un autor francés ha dicho, que el diablo se venga siempre de una buena accion.

—Esa muchacha, prosiguió la hostil y cansada viuda, es mala *de nativitate*. Nadie la puede ver: y acabará por echar á perder á tu hija.

—El cuidado de que esto no suceda, será mio, dijo la Marquesa con frialdad. Señora, si os parece, hablemos de otra cosa.

Ambas señoras, poco satisfechas la una de la otra, habian callado, pues la una sentia su malevolencia derrotada, y la otra su delicadeza ofendida.

Las niñas en este momento jugaban puestas en círculo, á un juego de prendas. Rufina, que tenia Yon de mando, habia puesto el juego diciendo:

—Ahí está señá Mariquita Gil.

A lo que, segun la regla del juego, contestó su vecina:

—¿Quién es señá Mariquita Gil?

Respondió en seguida Rufina señalando á la viuda:

—La que tiene la boca así, el ojo así.

Y puso torcida la boca, y el dedo en la mejilla, tirando su párpado hácia abajo, con lo cual quedó hecha una vision, y algo parecida á la viuda, que tenia efectivamente, segun la voz vulgar, un ojo remellado.

—¿Y no sabes tú, desvergonzada, dijo encolerizada la remellada señora, que notó el insolente ademan de Rufina, no sabes tú la máxima que á este juego se adapta y añade? Pues óyela.

Tuerce la boca hasta el mal
Quien del prójimo murmura;
Es lince para mis faltas,
d topo para las suyas (1).

Cada niña debia hacer y decir otro tanto, sopena de pagar prenda, y era llegado el turno á Justa; pero la niña se negó á poner la boca así y el ojo así. Rufina insistió en que hiciesen lo que habian hecho las demás, amenazándola si no lo hacia, con que no jugaria mas con ellas; y la niña, afligida por la amenaza, se vino á refugiar á su Madre, en cuya falda se echó diciendo con el modo gracioso de pronunciar de los niños: *¡yo no quiero ponerme tan feal*

—Que concluya este juego, dijo severamente y con marcada intencion la Marquesa á Rufina. Niños

(1) Juegos de Noche-Buena, moralizados por Alonso de Ledesma.—Madrid, año de 1611.

mias, añadió dirigiéndose á las otras, decid relaciones, que es mas bonito, y os ejercitan en la pronunciacion.

Presentóse primero Rufina, erguida y haciendo quiebros, diciendo la siguiente relacion, que concluyó con una profunda y grotesca cortesía:

Yo soy Doña Ana de Chaves,
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes:
murieron en las milicias
donde murieron mis Padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros:
Beso á Vd. las suyas, señor caballero.

Siguió á Rufina en la palestra, una morenita gordilla y colorada, que apenas sabia hablar: pero que no obstante recitó, haciendo de apuntador al principio una hermanita suya algo mayor:

Aquí vengo no sé á qué
con mi barba de conejo:
¡¡ay!! quien se comiera un viejo
que fuera de mazapan!
ehé, ahá!
como soy tan chiquita, ya no sé mas.

Ahora era llegado el turno á Justa de decir su relacion; pero como era tímida, volvióse á negar,

alzando su angustiada carita, que se habia puesto encarnada como una rosa, y sus ojitos arrasados de lágrimas, á su Madre, como para implorar su auxilio.

—¿Porqué no quieres hacer como las demás, hija mia? le preguntó su madre.

—Porque no *sabo*, no *sabo*, respondió la niña con la respiracion agitada.

—Si sabe, sostuvo Rufina.

—¿Y porqué no se ha de forzar á la niña á hacer lo que no quiere? dijo la viuda, mas bien por contrariar á Rufina, que no por favorecer á Justa.

—Para que sea dócil y no se particularice nunca, y menos por incomplacencia, contestó la Marquesa: vamos, hija mia, dí una relacion.

—Si no *sabo* relacion, repitió la niña haciendo uno de esos graciosos visajes, á los que se ha dado la denominacion infantil de *pucheros*.

—Pues dí una oracion, dijo su Madre; asi probarás tu buena voluntad en obedecer.

—¿La que digo cuando estoy en la cama?.... preguntó la dócil niña.

—Bueno; que sea esa, repuso su Madre.

Entónces dijo la niña pronunciando graciosamente á medias palabras.

A acostarme voy
sola sin compaña:
La Vírgen María

Está junto á mi cama; (1)
Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

(1) Probablemente deberia leerse para conservar el verso «Junto está á mi cama.» Pero como está la canta el pueblo, y asi la ha conservado el autor.

CAPÍTULO II.

Doce años despues de la conversacion referida, habíanse cumplido parte de los pronósticos de la maliciosa viuda, y muchas lágrimas costaba ya Rufina á la Marquesa de Villamencia.

¡Cuánto se envanece el mundo de sus victorias en sus contiendas con la buena fé y la bondad! Mas le valiera llorar sus tristes triunfos, acordándose que ha dicho un pensador moralista francés: «no hallo vergüenza en ser engañado por alguno; pero la tendria de desconfiar de todos.»

Desde que los malos instintos de Rufina se habian desarrollado en escala mayor, y de manera que nada bastó para contenerlos, habia cuidado la tierna Madre de Justa de poner gran distancia entre ambas jóvenes; puesto que la Marquesa procu-

raba principalmente conservar pura el alma de su hija, no solo de toda mancha, sino de todo lo que pudiese ajar la blanca túnica de su inocencia. Creia que no era tal ó cual de los siete vicios capitales el que debia quedar de toda mente pura, en lontananza, y como un mónstruo medio fantástico; sino todos; pues todos, vistos de cerca, rebajan el alma de su altura; todos ajan la delicadeza del sentir; todos empañan la clara transparencia de la inocencia; todos profanan los floridos espacios de la imaginacion, y todos van desprestigiando la vida real, como las negras y pesadas nubes que van empañando el éter y apagando las estrellas. Asi es que vemos con dolor á tantos que son jóvenes, bellos, y ¡Dios mio, hasta poetas! echar con alma vulgar, vieja y materialista, su triste y escéptico fallo sobre lo *imposible* de una vida pura, abstinente, desprendida, humilde, benévola, activa para el bien y sufrida para el mal, y hacerse con los siete vicios contrarios una corona de hediondas y envenenadas flores, con la que se coronan y sientan al banquete de la vida!—Pero por suerte existe hoy una inmensa reaccion. En los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, hay infinitos que van formando una aristocracia de virtud y religion, y es de esperar que no esté lejos el dia en que el cinismo del vicio caiga en la abyeccion y en el ridículo en que ha caido ya el viejo cinismo antireligioso, ese cinismo que nada define mejor que una palabra andaluza que no está en el diccionario; pero de la que por expresiva y

adaptable no podemos menos de valernos en esta ocasion; esa palabra es *cursi* (1).

No podemos definir á Justa mejor sino diciendo que en ella nada sorprendia, pero que todo atraia, admiraba é inspiraba simpatía. La innata bondad y elevacion de su alma la habian llevado á extrañarse de su mala compañera de infancia, sobre todo desde que vió que su Madre lo deseaba. Porque Justa tenia la primera virtud religiosa en relacion con lo humano; tenia el primer y mas puro amor de un hermoso corazon; poseía el principal distintivo de una perfecta educacion, no á la francesa ni á la inglesa, sino de toda educacion sólida y cristiana, esto es, era *buena hija*. Para Justa no habia nada en el mundo que contrabalancease el amor santo á la Madre que le dió el ser, y la crió á sus pechos; ningun respeto en lo humano que sobrepujase al que le inspiraba aquella Madre, dechado de virtudes. Esta veneracion, este entrañable amor, esta sumision sin límites, que tenia y en todas ocasiones demostraba Justa á su Madre, hacían de ella la jóven mas simpática, mas querida y mas admirada de la ciudad. Y cuando estos sentimientos se desmostraban en los mil elogios que siempre acompañaban el nombre de Justa, decian las Madres á sus hijas: "No promete el Señor á los que aman y

(1) *Cursi* se llama especialmente en las provincias del litoral de Andalucía á lo que es estrafalario, y de mal tono. (*Nota del E.*)

"honran á sus Padres solamente la eterna vida, "sino que les bendice en ésta, y á su bendicion "añade la de los hombres. Debe pues ser la pri- "mera virtud y la mas aceptable á Dios, pues es "la mas premiada.,,

¡Oh! ¡cuán cierto es esto! Pero, por el contrario, cuando en las familias engendran la soberbia y otros vicios el mónstruo *emancipacion*, y cuando este se planta como contrario ante la autoridad paterna ó materna, repeliendo con el pié el respeto, la sumision, la obediencia y todas las virtudes filiales, ¡ay de aquella mansion! De ella huyen al punto el aprecio, la consideracion, y el elogio de los hombres, ese tributo que forma la *buena fama*, ese galardon que no dan al rico ni su dinero ni sus aduladores; huye la felicidad, huyen los penates, que ven marchitas sus coronas, y huyen del hogar doméstico los ángeles de la paz, cuya presencia tan dulce lo hacía! y solo quedan allí, en lugar de estas felicidades ausentes, la severa reprobacion de Dios, que podrá perdonar al arrepentido, y la de los hombres, que no perdona nunca!

Definir los malos instintos de Rufina sería prolijo. Mas corto es decir que los tenia todos; sobresaliendo entre ellos la soberbia, la envidia y la crueldad. Era, segun la expresion de un autor francés, «una mata de espino:» no se rozaba nadie con ella sin herirse las manos ó desgarrarse el vestido. Cuando niña, el placer que hallaba en atormentar á los animales, indicaba claramente esta última

perversidad, y fué lo primero que desunió á estas niñas tan diferentes. La Marquesa fomentaba la bien entendida y esquisita sensibilidad de su hija; y cuando sus amigos la reconvenian por esto, y hallaban mas acertado comprimirla advirtiendo que de esta suerte seria mas feliz, porque el que con todos llora, se queda sin ojos, la Marquesa daba á estos vulgares y triviales axiomas esta magnifica respuesta: PREFIERO QUE MI HIJA SEA BUENA Á QUE SEA FELIZ (1).

Mas tarde, el afan de Rufina por componerse y ser vista indicó su vanidad y descaro; y su hostil competencia con la suave y bondadosa Justa denotó su orgullo y envidia. El primer ensayo en su vida de liviandad, fué el seducir y atraer al jóven Marqués, que era tímido y corto de luces, é indisponerle con su Madre, la que solo pudo evitar un escándalo valiéndose de un hermano suyo que vivia en Madrid; el que mediante á ocupar un alto puesto, y por ser aun el Marqués de menor edad pudo arrancarle, á la fuerza, de su casa, y traerle á su lado. Este y otros disgustos habian empeorado la salud de la Marquesa, quien al reanudar nuestra relacion, estaba cerca de sucumbir al horrible padecer de una úlcera interior que la consumia, y hacia necesaria una asistencia contínua, á la que Justa consagraba su vida y su corazon.

(1) Sentimos no atrevernos á decir, por temor de ofenderla, el nombre de la santa, ilustrada y excelente Madre á quien con admiracion oimos esta respuesta.

Este dia hallamos á la Marquesa blanca cual el alabastro, (como pone á sus pobres víctimas el mal que la devoraba); acostada en un sofá, y mirando con plácida y satisfecha sonrisa á su hija, que de rodillas besaba las albas manos de su Madre.

—Vete á acostar, hija de mi corazon, le decia; que apénas has descansado en la pasada noche.

—No podria dormir, Madre mia, contestó Justa tan de quedo cual si lo que dijese fuera un secreto, y hubiese habido otras personas además de ellas en la habitacion.

—¿Te acuerdas, Justa mia, cuando eras chica, y que acostadita en tu cama no querias dormirte, sino cuando yo te decia: me complaces en dormir? Cerrabas entonces tus ojitos, y un minuto despues sonreias en sueños al ángel de la obediencia, que venia á cubrirte con sus alas.

—Sí que recuerdo, madre mia, y la oracion que me enseñásteis para quitarme el miedo.

Verdad es que eras medrosilla, y me decias cuando la noche estaba oscura: Madre, cerrad la ventana; que *entra miedo.*

—Pues aun me quedan ráfagas de ese miedo instintivo de los niños. Temo alguna vez con angustia; y si lo que temo no tiene nombre, y no es ni el *canco* ni el *coco*, es lo que me amedrenta objeto tan indefinido y tan temeroso como aquellos.

—Pues si no precisas la causa de tu temor, ¿qué te amedrenta, sensitiva mia?

—Temo *al mal*, de cualquier forma que se pue-

da presentar, Madre. Temo que llegue á mis oidos un gemido, á mi vista un horror, pues ambas cosas abundan tanto en el mundo! Así es, que siempre sigo rezando aquella oracion, que paraba los latidos de mi corazon, cerraba suavemente mis ojos, y traia entonces, como ahora, á mis labios la sonrisa que recordais; y digo con tanto fervor y confianza:

A acostarme voy
Sola sin compaña:
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:
—Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

— Entónces, como ahora, eras obediente, dijo la Marquesa; y ahora más que entónces, me complaces en descansar y dormir.

—Madre, entonces nada ahuyentaba mi sueño; pero ahora estais mala.....

—Me encuentro hoy mejor.

—Entónces, Madre mia, dijo aun mas de quedo Justa acercándose al oido de su Madre, no tenia en qué pensar.

—Ya entiendo, ya entiendo, le interrumpió su Madre sonriéndose. Pero ya que tú no eres presuida, quiero en esta ocasion serlo por tí, y procu-

rar que cuando él venga esta noche, no te halle marchita como una flor de estío, sino fresca como lo que eres, una rosa de abril.

—No me quiere por mi buen parecer, Madre mia.

—Lo sé; ¡líbrete Dios de inspirar un amor solo debido al buen parecer! amor superficial y frívolo, amor de ojos y no de corazon, que podria desvanecerse si desmejoraba tu hermosura una enfermedad, un percance, ó el tiempo. Pero, hija mia, el bien parecer es, si no un mérito, una ventaja; es un don de la naturaleza, del que no se debe ni presumir ni abusar; pero tampoco se le debe menospreciar destruyéndolo como hace un niño deshojando una rosa.

En este momento se abrió la puerta, y apareció la Administradora entre aquellas dos hermosas, simpáticas y suaves criaturas, como aparece una abispa entre una rosa blanca y su rosado capullo.

—Ya ves que quedo acompañada, dijo la Marquesa á su hija; vete, pues, á acostar hija del alma, perenne ángel de mi custodia.

Justa abrazó á su Madre repetidas veces, cubriéndola de besos; saludó á la recien entrada, puso todas las cosas con primor en su debido puesto, y se retiró.

—¡Válgame Dios, mujer, dijo la Administradora sentándose cómodamente en un sillon;—¡fuerte cosa es, que sepan los amigos por fuera las novedades de tu casa, y que no los encuentres acreedores á

participarles lo que todo el mundo sabe! ¿Con qué... se casa Justa?

—Verdad es; pero aun no he dado parte á nadie, respondió la Marquesa.

—Acabo de saberlo en casa de Velez, prosiguió la viuda;—¡buena boda hace! dijo el marido. Es con Pepe Arce, hijo único de un padre millonario. ¡Qué suerte han tenido esos Arces, y dónde han llegado; con solo saber sumar, y sobre todo multiplicar! Es, á no dudarlo, el mas rico capitalista de la ciudad.—Y como nada les queda que desear, añadió la muer, sino sangre azul, por eso casan al hijo con la hija de la Marquesa.—Tanto más, dijo la suegra, que si muere el primogénito, será Justa la heredera del título y del caudal.

—¡Válgame Dios! exclamó la Marquesa,—herida tanto por la hostilidad del juicio, como por la indelicadeza en repetírselo,—¡válgame Dios! ¡cuántos y qué lejanos cálculos atribuyen y ven los extraños en un casamiento, sola y exclusivamente debido á la mútua inclinacion de los jóvenes, que en nada han pensado sino en amarse y ser felices, cuando este amor es sancionado por sus Padres!

—¡Qué amores, ni qué amores! ¿Por ventura estamos en tiempos de oscurantismo? Hija, hoy dia enemos muchas luces; y á su resplandor se calcula que es un contento. No hay mas que cálculo, nada mas.

—Repito, señora, repuso la Marquesa, que ninguno hay en esto. Sabeis que D. Bruno Arce es,

hace muchos años, amigo de la casa, y que me visita todas las noches. Cuando volvió su hijo de sus viajes, le trajo á verme como era regular. Pepe siguió viniendo, porque le atraia Justa; la amó; ella le correspondió cuando se lo permití; lo que hice gustosa en vista de las excelentes prendas de Pepe; y este espontáneo é inocente amor, es la sencilla causa de su union. ¡Y el mundo le haya; en lugar de esto, cálculo, diplomácia, y miras ulteriores!!! Señora, quien no tiene sino un rasero para medir las cosas, no debe juzgar sino de aquellas que son á la medida del rasero.

—No digo que aquí no haya malas lenguas, dijo la viuda. ¡Jesus si las hay! En un instante dejan á San Juan sin manto, á San Sebastian sin camisa, y á San Bartolomé sin pellejo: yo no hago sino repetir lo que oigo. Es regular, añadió la entremetida viuda, que venga tu hijo á la boda de su hermana.

A la Marquesa la mortificó esta pregunta, que con ese fin se habia hecho, y contestó con frialdad:

—No vendrá, puesto que en consideracion al estado de mi salud, esta boda se vá á hacer pronto, y sin ninguna clase de aparato. Aunque mi pobre hija lo ignora, yo sé que me restan pocos dias de vida, y deseo, al morir, dejar casada á la hija de mi alma.

—¡Ya, ya! si no viene el Marquesito, insistió la áspera viuda, yo bien sé el por qué. Pero todo el que no sepa la verdadera causa, lo extrañará. ¡Bien te lo predije! Ahora quiero prevenirte cosas que

suceden, y que tú, enferma y encerrada como estás, ni puedes saber, ni puedes evitar. La linda alhaja de Rufina, despues de haber tendido cuantos lazos ha podido á Pepe Arce, le ha dado citas en nombre de tu hija, en las cuales, en lugar de Justa se halló con ella. Rechazada por Pepe del terreno amoroso, se lanzó al sentimental, asegurándole que era la criatura mas desgraciada bajo el despotismo de tu hija y el tuyo. Hallando sus quejas incredulidad, así como sus provocaciones habian hallado desvío, humillado su amor propio, exaltada su envidia, pateando de soberbia al reconocer la importancia en que estaba de satisfacer sus perversos anhelos, ha escrito un anónimo á Pepe Arce, en el que con inconcebible audacia le dice, que no es él el primer amor de tu hija.

Todo esto lo sé por el ama de llaves de la casa de Arce, que sabe cuanto pasa entre el Padre y el hijo, merced á que es curiosa y escucha detrás de las puertas. Y aunque tanto D. Bruno como Pepe se han reido de esto, yo te lo participo, para que sepas de todo lo que es capaz esa serpiente que has criado en tu seno.

La Marquesa se habia puesto, si es posible, aun mas pálida de lo que lo estaba habitualmente.

—No, no, no puedo creerlo, dijo con desfallecida voz. Señora, siempre habeis aborrecido á esa muchacha, y repetís calumnias de tal magnitud, que solo la malevolencia puede darles crédito.

—Pues aun hay más,—prosiguió la noticiera, sin

cuidarse del efecto que estaban produciendo sus crueles revelaciones en la pobre enferma;—aun más. Exasperada Rufina al ver que Justa teniendo dos años ménos, se casa antes que ella, se ha puesto su señoría en relaciones, y se vá á casar con un paseante en córtes, tahur, truhan, sin oficio ni beneficio, (pero con muchas trampas), bien vestido, (gracias á estas), al cual ha hecho creer que es hija de tu marido, y que por lo tanto tu familia nunca puede desampararla.

Al oir esta última revelacion, la Marquesa cerró los ojos, y dejó caer su cabeza sobre los cojines del sofá.

La viuda dió voces, ¡Por Dios! ¡por Dios! murmuró la enferma, ¡qué nada sepa mi hija, esa inocente! Lanzó un débil gemido, y perdió el sentido.

Al oir las voces de la viuda, Justa se habia echado un peinador blanco, y con su magnífica cabellera suelta habia acudido desolada y temblorosa! y se habia arrodillado junto á su Madre. Rufina, compuesta y ataviada, habia venido tambien, así como algunas criadas, y ambas jóvenes prodigaban sus cuidados á la exánime Marquesa, la primera, bañada en lágrimas como el amor que sufre; la segunda, impasible, como la impermeable indiferencia.

—Cuídala, cuídala, dijo á esta última la implacable viuda; pero hincate como Justa sin temor de ajar tus faralaes, á ver si te deja algo en su testamento.

—Lo hará sin eso, pésele á quien le pesare; respondió Rufina con descoco.

—Lo que te dejará, y debe dejarte, es su bendicion.... por lo que la mereces, repuso su antagonista.

Ocho dias despues de la escena referida, por expresa voluntad de la Marquesa, se unian sin ruido ni boato Justa y Pepe Arce.

Aquel mismo dia, y como para acibarar la última satisfaccion que en este mundo habia de disfrutar la buena Madre, desaparecia Rufina de la casa para unirse á su indigno pretendiente.

Al mes yacia la Marquesa en su féretro, blanca y fria como la nieve que vá á absorber la tierra.

Al lado del féretro mezclaba Rufina su mentido é hipócrita dolor con las bellas y sinceras lágrimas de Justa, y obtenia, á favor de su falso desconsuelo, que Justa le perdonase su loca conducta y disparatado casamiento.

Tres meses despues el marido de Rufina, harto de ella, desengañado de la falsedad de sus asertos, perseguido por deudas y otras fechorías, despues de disipar la manda que dejó la Marquesa á su mujer, habia desaparecido.

CAPÍTULO III.

Su disparatado casamiento, y las dasgracias que de él dimanaron, su loca y desordenada vida, y el incesante hervidero de sus malas pasiones, habian en poco tiempo marchitado el rostro y disecado las formas juveniles de Rufina, y acabado de agriar su carácter. Otra cosa contribuia poderosamente á esto, y eran los remordimientos, que son en el corazon lo que las canas en la cabeza; á pesar que las tiña el arte del sofisma, el tiempo que es la verdad, vuelve á tomarlas mustias y descoloridas, y el tinte á nadie engaña. Si las arranca la presuncion y el despecho, vuelven á nacer. Asi los remordimientos, ese íntimo convencimiento de que hemos obrado mal, no se pueden sofocar por mas que se aparente. El incontestable derecho que

tiene cada cual de motejarnos, sin que se lo pueda impedir nuestro orgullo, nuestra posicion, ni nuestro dinero, es un torcedor, un buitre, que como el de Prometéo, nos roe sin cesar ni descanso. De ahí nacen la hostilidad y la misantropía, esos descontentos con los demás y con nosotros mismos. Solo las personas que á nadie han hecho mal, y que si lo han recibido, lo han perdonado como perfectos cristianos, ó despreciado como nobles y superiores, tienen el privilegio de no agriarse, y de conservar en las situaciones mas desgraciadas y vejatorias, como el cielo por cima de las nubes, su hermosa serenidad.

Asi era que cuando Rufina consideraba la suerte feliz y brillante de Justa, el amor de su marido, y el respeto universal, que á porfia cubrian de rosas é incensaban su senda, todas las furias de la envidia y del despecho se desataban en su seno. Nunca recordaba, al pensar en la familia á quien tanto debia y tan mal pago habia dado, el bien que le habia hecho, sino el que pudo hacerle, y no le hizo.—La Marquesa, pensaba, no deberia nunca haberse opuesto á que su hijo se casase con ella; ni este deberia haber cedido á la voluntad de su Madre, á los consejos de su Tio, ni á las advertencias de sus amigos. Este mismo, en las actuales circunstancias, disipado por el marido que la habia abandonado, el legado que le dejó la Marquesa, no deberia contentarse con pasarle una mezquina pencion como lo hacia; sino tenerla en el pié en que

habia estado siempre; y otras locas exigencias. Porque asi discurre la ingratitud; asi cegándo á la justicia, falséa la razon!

Ni los desengaños, ni las desgracias, ni la esperiencia, eran capaces de domeñar las violentas pasiones de aquella muger, que despues de maldecir lo pasado, habia de lanzarse al porvenir con redoblados brios y con nuevo furor.

El despecho, la ambicion, la envidia, y la venganza unidos, debian engendrar un mónstruo en aquella cabeza fecunda en planes satánicos. Y asi sucedió.

Rufina, en vista del proyecto que formó, menudeó sus visitas en casa de Justa, aparentando cariño hácia ella, gratitud y amor por su difunta Madre, y fingiendo haberse llamado adentro, y llevar una vida modesta, ordenada y hasta religiosa. Justa, que era buena, y además débil, recibió cordialmente en su casa y en su intimidad, á aquella mujer, á quien una señora como ella no deberia nunca haber recibido. Cuando su marido le hacia prudentes reflexiones sobre la inconveniencia de este trato, respondia Justa, que no era generoso cerrar las puertas á la desgracia, ni el corazon á los recuerdos, y perdonar solo la boca. Que tambien la bondad tiene sus sofismas cuando no quiere la miópe por lazarillo á la zana razon, sino campar por su respeto.

¡Cuánto se ha hablado sobre indulgencias y tolerancia en los tiempos modernos, y cuánto se ha

querido culpar á la Religion católica por carecer de ella! Por combatir á la intolerancia, se ha querido hacer, mediante la tolerancia, un completo tratado de paz con lo condenado por malo, y con la indulgencia un elixir de vida que lleve á mirar la muerte (esto es, la culpa) como una cosa natural y sin consecuencia, merced á dicho elixir.

Hay dos clases de indulgencia; la una es divina y religiosa; la otra es humana y filosófica.

Esta última aminora, disculpa, prohija y casi anonada la culpa *ántes* de cometida; y esta induce al mal.

La divina ó religiosa clama contra la culpa, la vitupera, la condena, la anatematiza *ántes* de cometerla; y esta aparta del mal.

Asi aparece claro que, hasta ahora, está la tolerancia de parte de la humana y filosófica. Pero prosigamos; que el ANTES suele llevar al DESPUES.

Despues de cometida la culpa, el mundo humano y filosófico moteja, escarnece y desprecia al culpable; no perdona su falta ni la olvida; su juicio condenatorio es sin apelacion. De manera que su indulgencia se dirije ó ejerce en la culpa, y no en el que la comete.

La indulgencia de la Religion divina, si el culpable postrado y bañado de lágrimas de contricion la implora, le levanta, le abre sus brazos, le absuelve, y le torna puro é inocente, merced á un segundo bautismo con el agua de sus lágrimas. Todo lo perdona y lo olvida, y sienta al hijo pródigo á

el cabecera del banquete: con lo cual demuestra es su rigor, no con quien cometé la culpa, sino con la culpa misma.

¿Cuál es, pues, mas indulgente, el mundo filosófico, que ántes de cometer la culpa *pregona* la indulgencia, ó la Religion divina que despues de cometida la *ejerce* con el que se aparta de ella? ¡A cuántos no ha desesperanzado el mundo filosófico y tolerante, hasta arrastrarlos al suicidio! ¡Y á cuántos no ha consolado esta Religion, que severa amonesta, hasta hacerlos felices!

Pero aun hay otra tercera clase de indulgencia, que ni es la mundana, pues no disculpa lo malo, ni es la religiosa, pues no hace preciso el arrepentimiento para espontanearse. Y es esta la de la bondad débil, sin el celo religioso y sin la dignidad de la virtud, aunque ambas cosas poséa, religion y virtud. No lo es, por lo tanto, esa dulzura inerte, á cuya cabeza pesa la corona de oro de la dignidad, de cuyas flacas manos se escapa la pesa de la santa justicia, y cuyo blando corazon oprime la coraza del decoro que debe serle inherente; no es, no, una virtud. Es, á lo sumo, una bella flor sin fruta, nacida espontáneamente en un hermoso corazon. Y repetimos que no es virtud, porque suele ser muy perjudicial en las personas que tienen inferiores, puesto que aparta como innecesario al arrepentimiento, y hace del perdon cosa de tan poco valor que lo dá de valde; con lo cual falséa el órden moral de las cosas, y por último autoriza la impuni-

dad, rinde homenaje al orgullo, y obstruye la fuente de que podria haber brotado el arrepentimiento sincero, explícito y confeso. Esta tercera indulgencia, si no induce al mal como la del mundo, tampoco aparta de él, como la religiosa. La inocencia y la falta de conocimiento de las cosas y de los hombres suelen engendrarla tambien. Y asi habia sucedido respecto á Justa, porque era un ángel;—pero un ángel niño como los que para pintarlos vió Murillo á los piés de la Vírgen pura y limpia,—y ángel que de su lugar, habia caido á la tierra.

Ambas recien casadas estaban en cinta, y aguardaban su alumbramiento para la misma época. —Ansío por salir cuanto ántes de mi ocasion, solia decir Rufina á Justa, para hallarme en estado de poder asistirte cuando llegue la tuya. Porque no quiero que otra que yo lo haga; pues, ¿quién lo ha de hacer con tanta eficacia y cariño? Es claro que nadie.

Los deseos de Rufina se cumplieron, porque á los pocos dias de parir ella una niña, asistia á Justa, que con igual felicidad dió á luz otra niña. Al dia siguiente, cuando volvieron el Padre, los padrinos y los convidados del bautismo, y que poco despues se entregaron todos alegres y satisfechos al reposo, inclusa la feliz Madre, Rufina que la velaba, y que tenia en la pieza inmediata á su niña, desnudó agilmente á ambas recien nacidas criaturas, cambió sus ropas, y acostó á su hija en la magnífica cuna que Justa preparara á la suya, di-

ciéndole: —«Serás rica, gran señora, y feliz, contra la voluntad de los que mal quieren á tu Madre!» —Y poniendo en su cuna de pino á la hija de Justa, añadió: Tú, sí, tú, hija de orgullosos, ricos y vanos encumbrados. serás pobre y despreciada; tú, sí, tú, sufrirás lo que he sufrido yo, y algo mas! ¡Tú cobrarás la deuda de agravios y desprecios que debo á tu egoista y engreida familia!

Apenas consumó aquella muger su atentado, cuando con leve pretexto ó sin él, se despojó de su hipocresía como de un ya inútil difraz, suspendió la intimidad que habia tenido con Justa, y mas desenfrenada que ántes, se entregó á la vida airada.

CAPÍTULO IV.

La marcha de los acontecimientos sigue su curso, sin cuidarse de la senda que le trazan los cálculos de los hombres; siendo por lo regular ilógica aquella á los ojos de estos, porque asi lo ha dispuesto todo. Aquel que ha restringido sobre ellos el poder de los hombres; á los que no ha dado mas luz, en cuanto á lo que á El pertenece, que la fé, mas guia que sus preceptos, ni mas punto de apoyo para no extraviarse, que la sumision, dulce cuna de las inteligencias inocentes, lecho de descanso de las trabajadas. El bueno padece; el malo prospera: no hay que extrañarlo. Dios no hizo las felicidades terrestres exclusivamente ni para los buenos ni para los malos; pero sí sus preceptos para ca-

da situacion, sus advertencias para las prósperas, y sus consuelos para las adversas. En aquellas se muestra mas severo maestro y señor; en estas mas dulce guia y consolador: Padre siempre, siempre Juez.

Así nada de extraño tiene que veamos al cabo de algunos años un cambio inesperado é inmerecido en el bienestar temporal de la buena y de la mala mujer, que actúan en los sucesos que vamos refiriendo.

Pepe Arce, á causa del enlace fatal de los negocios mercantiles, vió su casa millonaria arruinada, y murió de resultas de la pasion de ánimo, que esta inmerecida é imprevista desgracia le produjo: Justa, facilmente resignada á la pérdida de sus riquezas, estuvo inconsolable por la de su marido, pues este habia tenido el mérito poco comun de apreciar en cuanto valía, á su incomparable mujer, la que conservaba una inocencia de corazon, que en su dia habia de llevar al cielo pura, como la gota de rocío que absorbe el sol, sin salir del cáliz de la rosa en que la depositó la aurora.

Desde su doble desgracia vivia Justa retirada y humildemente, no queriendo admitir de su hermano sino lo estricto y necesario para conservar la decencia en la pobreza. Su distraccion y su consuelo eran educar á su hija Bruna, lo que hacia con el esmero, cariño y santos ejemplos con que habia sido educada ella por su Madre.

La educacion puede combatir y domar una mala naturaleza: transformarla la mala en buena, solo lo puede la gracia. La educacion puede, á no dudalo, aun sin valerse de mas móvil que la vergüenza, esa hoja de higuera,—lo solo que trajo del Paraiso el que le perdió!—hacer desaparecer los vicios groseros y humillantes; pero no hará nunca espontáneas las virtudes, que á duras penas aclimata. El herrero puede amoldar el hierro; tornarlo en oro, nunca! Por lo cual no vemos esas completas y radicales transformaciones de malo á bueno, sino en la vida de los santos. Asi era que Bruna, (que aun teniendo rectitud, buen sentido, y cierta nobleza de alma, tenia tambien, y en alto grado, el carácter fuerte, orgulloso, egoista y áspero de su Madre) habia amoldado á duras penas estos vicios bajo la excelente direccion de Justa. A falta de dulzura, tenia una calma y dignidad que no era fácil perturbar: no era benévola, pero sí sostenidamente servicial cuando se la ocupaba. Siempre sobre sí, ni tenia ni inspiraba confianza. Su buen sentido cultivado la impelia á amar la virtud sobre todo; pero su orgullo la llevaba á apreciar en esta, mas su corona de oro, que su perfume de violeta. Así era que sentia mas orgullo que dicha en tener por Madre á Justa. alrededor de la cual brillaba una aureola de respeto, de simpatias y de admiracion. La fama de que gozaba su Madre, era una herencia de que ya disfrutaba en vida, y queria traspasar ilesa á sus hijos.

Con este bien guiado orgullo, y con su fuerte temple de alma, la pérdida del caudal de sus Padres la dejó impasible; y halló una secreta satisfaccion de orgullo en trabajar ocultamente por estipendio, para procurar á su Madre algunas de aquellas superfluidades de lujo, de las que por virtud y modestia se privaba. Como sucede con un tesoro adquirido á costa de sacrificios, tenia Bruna su virtud en mucho, y le habia labrado con la austeridad un atrincherado tabernáculo. De esto se deduce que no debe el mundo condenar ligeramente á las personas secamente austeras, oponiendo contra ellas el que la perfecta santidad no lo es. La mayor parte de las personas, á quienes se cree sectarios de la rigidez, son naturalezas domadas, que tienen en mucho el freno á que deben su virtud. Dichosas aquellas naturalezas selectas que no necesitan de ninguno! Pero son pocas. Y lo prueba la creacion de la palabra *desenfreno*, que como baldon se aplica á las personas ó á sus acciones desordenadas.

De cuando en cuando tenia Rufina el atrevimiento de ir á casa de Justa; porque en aquel corazon, en que palpitaba hiel en lugar de sangre, existia el único amor ó instinto que cabe en el del tigre, el apego á su progenitura. Justa no tenia el suficiente carácter para prohibir á aquella mujer la entrada en su casa, pues no podia dejar de mirar en ella á la compañera de su infancia, á niña que crió y tanto quiso su madre.

En estas visitas la suave Justa veia con estrañeta el fugitivo, pero veemente cariño, que la fria y áspera Rufina demostraba á Bruna, la que rechazaba este cariño sin rebozo, tanto por causa de su caracter austero y poco expansivo, como por las noticias poco favorables que de Rufina tenía.

—No puedo sufrir á esa mujer, solia decir á su Madre.

—No digas eso, hija mia, contestaba Justa; no se deben abrigar nunca, y en tu edad ménos, sentimientos de odio ni hostiles contra nadie. La hostilidad es una mala semilla, que echa profundas raices, y ahoga en su gérmen los buenos y benévolos sentimientos en el corazon, destruye las buenas relaciones de sociedad, y aun con público escándalo suele acabar con las de familia. Acuérdate de que dice Chateaubriand en el tomo de sus obras que acabamos de leer, que «la odiosidad que abrigamos contra nuestros adversarios, es mas perjudicial á nuestra propia felicidad que á la de ellos.» Y sobre todo, hija mia, convéncete de que la benevolencia es la mayor prueba de superioridad, tanto de espíritu como de corazon.—

Pero ¿qué pluma podrá pintar los sufrimientos que desde que nació estaban reservados á Piedad la preciosa, la dulce, la aristocrática y delicada hija de Justa, infeliz víctima de los inícuos sentimientos de Rufina, aquella mujer nacida del vicio y de la maldad, que como una lepra los trajo consigo al interior de la noble casa donde fué recogida y am-

parada? El angelito, desde pequeña, siempre encerrada sola en la habitacion, en que poco paraba su dueña, nada habia aprendido, nada habia visto, nada comprendia, y caminaba como otro Gaspar Hauser hácia el idiotismo. Una timidez angustiosa, una inerte hipocondría, un mústio decaimiento reemplazaban en la pobre criatura á aquella expansion, aquella alegría, aquella locuacidad y contínua movilidad, que tan naturales y simpáticas son á la infancia.

A los trece años una grave enfermedad que tuvo, atrajo á su cabecera á una compasiva vecina, una buena anciana que ofreció á su supuesta madre asistirla; á lo que esta no se pudo negar, so pena de promover un escándalo.

Entónces esta buena cristiana, mientras que cual Marta asistia á los males del cuerpo, como Magdalena levantó aquel espíritu inerte, y le enseñó á creer, á amar y á esperar. Como la religion es amada de todos los que la conocen,—pero con mucha preferencia de los desgraciados, porque es universal é infalible consuelo de todo infortunio—aquel ángel doliente de alma y cuerpo, recibió con lágrimas de amor, gratitud y entusiasmo aquella Religion que le decia: los que lloran serán consolados!

Piedad se apegó, como es de suponer, con ternura á aquella buena anciana, á quien la Religion que le enseñaba, habia atraido al lecho de dolor, del que huia la impía fiera que se habia hecho cargo de ella. Asi sucedia que, cuando llegaba la no-

che, y la buena anciana se retiraba aquel dulce corazon de la niña, que con tanta ternura y expansion se habia abierto al amor, sentia profundamente esta separacion. Además, la pobre niña temia! temia á su Madre, temia á la noche, temia á la soledad, á la oscuridad! Entonces la buena anciana la animaba, la sosegaba y acababa de consolarla enseñándola esta oracion:

A costarme voy
Sola sin compaña;
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo:—
—Mi niña, reposa,
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

Piedad convaleció, y se levantó de su lecho regenerada de alma y cuerpo. Los cuidados de su entendida enfermera, y el buen alimento que le suministraba,—de lo cual nunca habia cuidado su verdugo,—desenvolvieron su atrasada naturaleza. Habia crecido: su semblante fino y blanco cual una azucena, estaba como vivificado por una nueva sávia de vida. Su razon despejada llegó á comprender cuanto sufría; pero sufrió ya con resignacion y con esperanza, porque sabia que sufrir por Dios era complacerle y obligarle. Sus ojos, antes inertes, estúpidos y fijos en el suelo, animados ahora con unanueva luz del entendimiento y del corazon,

se levantaban hácia al cielo, puro y celeste cual ellos. Alzaba confiada su cabeza, que ya no abrumaba su corona de espinas; sus blancas y delicadas manos se cruzaban con fervorosa devocion sobre su pecho. Oh! si entónces hubiese podido verla Justa, habria esclamado estrechándola sobre su corazon de Madre: ¡esta es mi hija!

Más entre ellas estaba una infame mujer para separarlas, como el negro y duro hierro que se introduce entre el nácar y la perla!

Por entónces fué cuando la quiebra y la muerte de Pepe Arce vinieron á exasperar aun más el atrabiliario carácter de la fiera que la infeliz Piedad creia ser su Madre. La brillante suerte que habia querido proporcionar á su hija se habia desvanecido; el amparo, que andando el tiempo, habia contado hallar para sí propia, iniciando á su hija en el secreto de su existencia, habia fallado. Por manera que de su malvada combinacion solo le quedaba el placer de la vengaza, que en su inocente víctima ámpliamente ejercia.

CAPÍTULO V.

De esta suerte pasó algun tiempo. Bruna se habia casado con un primo de Justa, oficial, que despues de buenos servicios, se vió en la necesidad de abandonar la carrera por causas políticas, y habia regresado á aquel pueblo, que era el de su nacimiento, para cuidar y labrar algunas fincas rurales que habia heredado de su Madre. Era un hombre digno, altivo y poco afecto á transigir en materias de alta esfera, el cual, hallando en Bruna cualidades análogas, y su mismo gusto por la vida retirada y grave, indiferente como caballero de los antiguos españoles á su falta de bienes de fortuna, la habia elegido por compañera.

Un dia un alguacil del ayuntamiento entró en

casa de Rufina, á la que entregó una carta gruesa, de letra extranjera, con sello consular, exigiendo dicho alguacil una gratificacion por los muchos pasos que le habia costado dar con la persona á quien venia dirigida la carta.

Rufina la abrió sorprendida. Era fechada de California, y en ella se le comunicaba que un español que habia muerto allí trágicamente habia declarado á última hora llamarse****, ser casado, y tener una hija en aquel pueblo; y que á esta hija pertenecia por tanto, de derecho, el dinero que á la sazon poseia como banquero de un garito; dinero que pasaba de cien mil duros, que quedaban depositados en el consulado.

Difícil seria expresar lo que sintió aquella mujer al leer la referida carta. Su hija, la hija de sus entrañas, debia heredar aquel caudal; y esa hija se hallaba en una posicion tan modesta que rayaba en pobreza! ¡Y la odiada hija de la odiada Justa vendria por razon aparentemente natural á disfrutarlo! Antes mil veces hubiese preferido anonadar tal herencia ocultando el aviso recibido! ¿Pero cómo renunciar á ella debiendo la misma Rufina disfrutarla en parte?

Por algunos dias anduvo Rufina como loca y sin sentido, no sabiendo qué resolucion tomar. Bruna su hija, pobre; ¡y la aborrecida hija de Justa, rica! Esta idea la desalentaba.

Mil planes rodaron en su cabeza, que rechazó por imposibles.—Al fin se decidió.

Aunque desde que estaba casada su hija habia ido á verla varias veces, no habia conseguido ser admitida en aquella casa severa y decorosa. Rufina, aunque fué ahora de nuevo rechazada, no desistió de ver á su hija, mediante á que tenia aquella fuerza de voluntad, que no es la perseverante hija de la paciencia, sino la terca hija de la obstinacion. Cual pudiera haberlo hecho un salteador, se introdujo, pues, un dia en casa de Bruna, siguiendo los pasos de un menestral que á la sazon trabajaba allí.

El alejamiento que inspiraba Rufina, esto es, la mujer záfia y de malas costumbres, á Bruna, la mujer morigerada, grave, y escrupulosa, no era suavizado en esta, como sucedia en Justa, por la dulzura de carácter y por los recuerdos de la infancia. Así sucedia que no lo disimulaba.

Hay personas tan delicadas, que, como á los perfumes, las desvía un soplo; y otras que lo son tan poco, que como á los toros, solo las pára la firme y punzante garrocha. A las segundas pertenecia Rufina. Así fué que sin desconcertarse ni turbarse por la mirada sorprendida y rechazadora que al presentarse clavó en ella Bruna, exclamó abalanzándose á su cuello.

—¡Hija de mi alma!

—Señora, absteneos de estas familiaridades que me repugnan y reprueba mi marido, dijo apartándose ofendida Bruna.

—No lo hará así tu marido, repuso Rufina, cuan

do sepa que eres mi hija, y que ha muerto tu padre dejándote cien mil duros.

—Señora, repuso con enojo Bruna, hacedme el favor de no gastar groseras chanzas á que no doy pie, y que me ofenden.

—No son chanzas, dijo con exaltacion Rufina, no no! Escucha, y te convencerás.

En seguida hizo una extensa relacion á su hija de cuanto desde su nacimiento habia ocurrido.

Bruna la escuchaba absorta, y tan asombrada de cuanto oía, que ni aun intentó cortar aquella cínica confesion de un inaudito crímen.

—¿Qué dices, qué dices pues? así terminó Rufina viendo que Bruna permanecia callada.—¿Qué dices de un amor de madre, que por hacer á su hija señora y feliz, renuncia á ella, y pone en su lugar á un ser extraño y odioso? ¿Rechazarás aun á esta Madre, que ahora se viene á publicar la sustitucion que hizo, por tal de que goces tú de la herencia que es tuya?

Bruna permanecia callada.

—¿Qué dices, hija de mis entrañas? tornó á preguntar radiante de gozosa animacion Rufina.

—Me preguntaba, respondió al fin Bruna, cuál seria el diabólico móvil que os lleva á plantear este nuevo enredo...

—¿Enredo? exclamó Rufina, tú verás si lo es cuando te pruebe la certeza de cuanto afirmo.

—Afortunadamente, aunque pudiesen ser ciertos

tan horrendos dislates, dijo Bruna, no podríais probarlos.

—¿Afortunadamente dices? ¿Pues y los cien mil duros? repuso Rufina presentando la carta del cónsul de California.

—Tiene mas valor á mis ojos, respondió Bruna separando de si la carta sin mirarla, la aureola de virtud de mi Madre y la pureza de su noble sangre, que todos los millones que han acuñado los hombres.

—No pensará con ese ridículo quijotismo tu marido, dijo Rufina con el dolor de un tigre herido.

—Mi marido, repuso Bruna, mi marido es un hombre noble y digno, que pretendió á la pobre hija de la virtuosa Señora Doña Justa Villamencia, y hubiese despreciado á la millonaria hija de Rufina, la perversa hospiciana.

—¡Mira que soy tu Madre! rugió sofocada Rufina.

—Mi Madre es, repuso con calor Bruna, aquella que á sus pechos me alimentó, que en dulce regazo me crió, y que con su enseñanza y santos ejemplos ha hecho de mí una mujer virtuosa; á esta sola se lo debo.—Si dable, si posible fuese que debiera mi existencia al loco y desautorizado enlace de quienes sin desearlo me la hubiesen dado, á padres que me abandonaron; nada les debiera, y con nada les pagaria.

—¿Pero el padre que te ganó y te dejó su caudal, exclamó Rufina; no es acaso acreedor, hija desnauralizada é ingrata, á que se lo agradezcas?

—Ese dinero no se ganó por su dueño para la hija que tenia, y de la que nunca se acordó. Si lo dejó, fué porque no pudo llevárselo.

—¡Mira que pierdes tu caudal, insensata! dijo con voz sofocada por la ira Rufina.

—Gozará de él, como es debido vuestra infeliz hija, envidiándoselo yo tan poco como le envidio su nacimiento.

—Mira, mira que eres pobre!

—Señora, contestó con íntima satisfaccion Rruna: soy rica, soy poderosa!

—Mirá que el Marqués se vá á casar: tendrá hijos, y si su mujer es avara y díscola, podrá influir con él, que es un mandria, para que suprima la mesada á su hermana, en vista de tener una hija casada; y entónces tendrás que mantener á Justa, esa pobre de sopa.

—El dia que mi Madre honre mi casa entrando en ella y mirándola como suya, contestó Bruna, será el dia que complete sus mercedes y corone sus beneficios.

—Y á mí, á mí que te he parido, me rechazas! Ingrata! exclamó Rufina tan herida como humillada.

—A vos, respondió con un gesto de tédio Bruna, —sin merecer el epíteto de ingrata que gratuitamente me dais, puesto que sois una impostóra,— los desdeño con todo mi corazon, os rechazo con toda mi voluntad, y con toda la autorizacion de mi marido.

Rufina torció los ojos, estiró los brazos, quebró el cuerpo, dió un rugido, y cayó con una convulsion al suelo.

Bruna llamó á los criados, y les dijo con serenidad:

—Asistid á la señora: que vayan por un coche para conducirla á su casa. Por mi tio el señor Marqués que le pasa una pension, podréis averiguar su domicilio:—y se salió del cuarto.

Cuando Rufina volvió en sí de su accidente, se halló en su casa sola; mas al volver la cabeza vió á Piedad, que tenia un vaso de agua en sus manos, las que temblaban tanto, que por ambos lados alternativamente se derramaba sobre el plato su contenido.

—¡Vete! le gritó.

La pobre niña se apresuró á obedecer.

—¡Ella!.... murmuró Rufina, esa hija desnaturalizada no quiere la herencia de su padre, porque no era Marqués, ni yo soy Condesa! Pues á fé mia que esta nécia y apocada hija de Justa no la disfrutará tampoco. ¡Yo, yo la disfrutaré! Contra siete virtudes hay siete vicios. Todavia estoy yo aquí para impedir que esta herencia pase á una advenediza. ¡Ah desnaturaliza! Sé pobre, yo seré rica. Pues si tú me desconoces, yo hago mas: reniego de tí! Y si llegara el caso de verte morir de hambre, no te tiraré, no, ni un hueso de mi mesa!

CAPÍTULO VI.

Algun tiempo despues la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago Se quejó á su buena vecina y maestra, sin que lo supiese su Madre: ella le suministrò alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena. A los pocos dias el mal se reprodujo. La buena anciana, alarmada, habló sobre ello á Rufina: esta se incomodó, le dijo que con sus mimos metia en aprension á su hija, y le prohibió pisar su habitacion.

Entretanto los ataques se repetian, y la pobre niña, sufriendo horrorosamente, iba de mal en peor. Cuando salia su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al

través de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad.--¡Pobre víctima! decia despues á las dem as vecinas; está mortal; ¡y se morirá sin auxilio divino ni humano! ¡Esto es una iniquidad nunca vista! ¡Esa muger sin entrañas no es Madre, ni puede serlo! Esto no se debia permitir.

--¿Y quién se mete con esa muger, que es una fiera? decia la una.

--Como Vd. quiere tanto á Piedad, decia la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo. Pues que ¿está su madre sorda y ciega? Pero Vd. tia María, siempre está sintiendo lo de todos, y le ha de suceder lo que al Cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.

--¿Cómo te hallas, hija mia? preguntó pocos dias despues la buena anciana á la enferma. Y la voz respondió mas ténue y mas lastimera que nunca.

--Mal, tia María: los dolores me despedazan las entrañas: me abraso! y cuanto tomo, arrojo.

—¿Y qué tomas, hija de mi alma?

—Agua.

—¿Y nada mas?

—No tengo otra cosa.

—¡Qué inhumanidad! ¡qué heregía! Hija, ¡quién pudiera entrar á asistirte!

--¡Ay, sí! ¡ay, sí! Y un Padre! porque creo que me voy á morir. Tia María, ¿me perdonará Dios si muero sin confesion!

--Sí hija de mi vida, sí: tú no has pecado; pero

aunque lo hubieses hecho, basta cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazon, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro Padre nos perdone y acoja. Pero hija, tú no estás en ése caso.

—Sí, tia Maria, sí; y no siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido; nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo, que es nuestro Criador y Padre, que promete el cielo á los que le aman. Y asi me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelos. Pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonias los consuelos de la Religion santa y dulce!

—Díselo á tu Madre, alma mia.

—Se lo he dicho, y no quiere.

—Pobre, pobrecita mia! ¡qué vida has tenido y tienes! Pero recuerda, inocente mia, que la santa rosa ama á las espinas entre las cuales se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremecida. Aquella noche no pudo dormir; y si nó su persona, veló su corazon á la cabecera de la enferma. Le habia prometido orar á Dios, para que en caso que falleciese, fuera con todos los consuelos y socorros espirituales; y asi lo cumplió, pasando su desvelada noche en oracion.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones, secuaces de la noche, pareciendo como que estos negros etíopes se esforzaban por arran-

car á una pura vestal sus velos de blanca gasa. S bien el gallo habia lanzado ya su animada diana á sus compañeras, aun no habia descendido del campanario la santa llamada de la Iglesia á sus feligreses. Pero abrianse ya las puertas del santo templo; en él entró una jóven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolon. La iglesia estaba aun solitaria y oscura: las lámparas de plata, contínuas centinelas del tabernáculo, hacian brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubria el altar del Sagrario; y las ráfagas que alguna vez despedian de sí las santas luces como un suspiro, parecian animar los rostros de los ángeles postrados en adoracion ante el SANTO DE LOS SANTOS! La débil y plácida luz del dia, que empezaba á asomarse por las altas claraboyas al pié de la iglesia, las hacia aparecer en la austera sombra del templo, como alegres ojos de niños que se abriesen sonriendo al mirar á su Padre.

Dios habla poderosamente al corazon y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con aquellas palabras, que sin pasar por el oido, suenan en el corazon. Dios es universal, eterno, y sin medida. Para El no hay cosa grande ni cosa pequeña: no hay pasado ni porvenir, ese compás del tiempo: no hay para él secreto, olvido ni incertidumbre, esas importancias del hombre! Es Maestro y es Padre; y si como Maestro nos envia los infortunios, que son lecciones; como Padre, une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infor-

tunio el gérmen de una virtud, la ocasion de un merecimiento.

La jóven, que con paso vacilante habia entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado, y exhalando ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el Sagrario. Pero era aun tan temprano, que allí se halló sola; y poco despues, no pudiendo sostenerse de rodillas, dió un débil gemido, y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era esta Justa, que habia pasado una noche agitada, y que cual la nave que desde el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas este puerto de refugio!

La señora se acercó á la caida jóven, al lado de la cual se arrodilló, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion.

—¿Qué tienes, hija?

—Creo que voy á morir, contestó la jóven.

—¿Pues cómo es que estás aquí, y no en tu lecho?

—No queria morir sola, y sin los socorros de la Religion.

—¿Y no te los han proporcionado en tu casa?

La moribunda meneó la cabeza.

—¿Tienes Madre?

La jóven hizo una señal afirmativa.

--¿Dónde está?

--En casa.

--¿Y qué hacia?

--Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.

--¡Esa no es tu Madre! exclamó Justa con vehemencia: ¡pobrecita! ¿qué edad tienes?

--Diez y ocho años, contestó la interrogada.

--¿Y de qué mueres?

--No sé: ¡ay! Agua, agua, por Dios! ¡agua! añadió torciéndose y agitándose todos sus miembros por el dolor.

La señora hizo seña á un monaguillo, que se apresuró á traer de la sacristía una vasija con agua. La infeliz paciente bebió con ánsia, sostenida por Justa, que la habia incorporado, y apoyado su cabeza sobre su pecho, y por un momento sus tormentos le dieron treguas.

--Quiero confesar, dijo con débil voz.

--Aun no ha venido el Cura, repuso con angustia la señora, que veia ya dibujarse la herradura de la muerte en aquel rostro tan bello y padecido. Vé á avisarle, prosiguió dirigiéndose al monaguillo. Y luego añadió alarmada, dirigiéndose á la moribunda:--¿acaso pesa algo grave sobre tu conciencia, pobre hija mia?

--¡Ah no! solo una cosa.

--¿Y qué es?

--¡Que no amo á mi Madre!

--¿Se lo has demostrado?

--No.

—¿Le has faltado al respeto?

—No.

—¿No la amas, acaso porque ames contra su agrado á otra persona que no deberías amar?

—¡Oh, no! No amo mas que á Dios, á la buena tia María que me le hizo conocer, y á vos, señora, que me habeis compadecido y asistido; á vos, que sois tan hermosa y tan buena; ¡á vos os amo!

La moribunda llevó á sus labios la blanca mano de Justa, que besó.

—Pues entónces, dijo esta, abrazando con lágrimas de compasion y de ternura á aquella dulce y doliente criatura, te digo para tranquilizar tu espíritu, que si murieses, tu alma inocente, que ánsia por su Dios, le hallará propicio, pues es Padre de todos; pero lo es con especialidad de los desamparados. Para estar pura y dispuesta á parecer en su presencia, bastan tus buenas disposiciones, y esta agua bendita, por la cual te se perdonarán tus pecados veniales.

La señora persignó á la moribunda con sus dedos aun húmedos del agua bendita.

Entonces la moribunda levantó sus grandes y puros ojos al altar, y una expresion de éxtasis se esparció como un rayo de sol en su rostro, que lo volvió sublime, como el de una de las Vírgenes Mártires, joyas del cristianismo, que tuvieron la gloria de ayudar á cimentarlo.

—¡Señora,—dijo con apagada voz,—Dios os premie la caridad que conmigo habeis ejercido! Yo tenia

miedo, ¡ah! mucho miedo!.... ¡Ya no lo tengo! Aunque sé que en breve... me acostarán... en un hoyo oscuro y frio;... que se irán... y allí me dejarán sola, sola!... Pero vos me recordais la oracion que me enseñó mi buena Maestra para no tener miedo, y la que ahora brota de mi corazon á mis labios.

A acostarme voy
Sola sin compaña;
La Vírgen María
Está junto á mi cama;
Me dice de quedo...

La infeliz no pudo seguir, y Justa, que recordó con viva emocion esta misma ingénua y santa oracion infantil que le enseñára su Madre, la concluyó añadiendo:

—Mi niña, reposa;
Y no tengas miedo
De ninguna cosa.

—¿Sois mi Madre la Vírgen? dijo la pobre niña, cuyos sentidos turbaba ya la muerte, fijando en Justa sus ya quebrados ojos.

—No, no lo soy, hija mia. Pero puede que la Señora me haya enviado para auxiliarte.

—Sí, sí: lo sois, murmuró la agonizante:—¡Madre.... Madre mia!... ¡conducid mi alma á vuestro

Hijo, pues... en él creo!..... á él amo!.....en él espero!....

—Que te ha de perdonar y salvar; amen;=oró Justa al recibir sobre su seno el último suspiro de la infeliz niña.

En este instante entraron precipitadamente el Cura, el sacristan y otras personas, que se apresuraron á llevarse el cadáver á la sacristia.

Justa quedó postrada ante el altar: las lágrimas la ahogaban, y un temblor vehemente agitaba sus miembros; sus manos, que alzaba al altar, se cruzaban convulsas. El profundo dolor que causa la lástima, que no halla mas refugio que en Dios, la hacia elevarse con exaltacion hácia Aquel que todo lo recompensa; hácia Aquel, que siendo todo amor, es el sublime imán del corazon amante!

Mas su delicada organizacion moral y física no pudo resistir á la impresion que la desgarradora escena,=en la que su valor de católica le dió fuerzas para actuar tan caritativa y valerosamente,—habia producido en ella...Se sintió indispuesta, y se levantó para volverse á su casa.

Cuando salió de la iglesia, ya el sol campaba en el cielo, radiante, despejado como el Rey de la alegria. Pero el alma de Justa estaba *triste hasta morir!* La imágen de aquella suave y hermosa niña, que en su agonia habia visto presa de las más crueles torturas corporales, mientras su alma era la mansion de los mas puros y dulces sentimientos, la conmovia en opuestos sentidos del modo mas violen-

to. Habíase apoderado de su alma una de aquellas profundas y lúgubres tristezas, que tan estrecha, tan negra, tan rodeada de horrores, hacen al alma su cárcel; una de esas anguntias tétricas y agitadas, que hacen que el corazon, cual un pájaro azorado en su jaula, se agite en el pecho, ansioso por tomar su vuelo en el espacio. ¿Sería que adivinaba el corazon lo que al alcance del conocimiento no estaba? ¿Hacíale sentir sin determinarlo, que en sus brazos acababa de morir su hija?

Aquella tarde salia un entierro, solo y pobre, de en casa de Rufina: el cadáver no llevaba caja propia, é iba en la caja comun. Las vecinas que lo miraban salir, murmuraban sordamente, como las olas cuando con serena atmósfera hay mar de fondo.

—¡Qué entierro! ¡esto es una iniquidad! dijo una de ellas dirigiéndose á la tia María, que lloraba sin consuelo: ¡ni siquiera lleva palma!

—Vosotras no las veis, contestó la anciana. Pero lleva esa bendita dos: una de pureza, que ha puesto la Vírgen á un lado; y otra de martirio, que le ha puesto Nuestro Señor Jesucristo al otro.

—Pero, ¿porqué no lleva caja blanca y celeste? preguntó otra.

—Porque con ese cadáver de vírgen se entierra un negro atentado! contestó la anciana.

—¿Qué quereis decir con eso? tia María.

—Nada, nada, contestó esta; lo que os encargo es, que cuando acabeis el rosario, no olvideis nunca el Padre nuestro POR EL ALMA SOLA! Pues

aunque nada tendrá que expiar esa inocente, á Dios agradan las oraciones, sobre todo si se hacen por sus hijos predilectos, los desamparados.

EPÍLOGO.

Si encontrais en la ciudad de Z... á una señora de semblante hermoso y apacible, de talante grave y modesto, de maneras afables y dignas; que viste con humilde pulcritud, encaminándose hácia la iglesia en que está el Jubileo, á quien todos los que pasan dejan con respeto la acera, descubriéndose con reverencia sus cabezas; á quien los ancianos sonrien y los pobres bendicen, esa es la empobrecida Doña Justa Villamencia.

Si una tarde de toros veis pasar por el paseo con direccion á la plaza, una carretela descubierta en la que se arrellana un mal cantante italiano, con un cigarro en la boca; y á su lado veis una mujer ahuecada con faralaes y miriñaques, cuya pálida, descarnada y adusta cara aparece entre una aureola de moños, flores y blondas: si veis que al pasar cerca de ellos, vuelven los caballeros con disgusto la cara; que los jóvenes casquivanos se rien, y que las gentes del pueblo los escarnecen con ese desprecio triturador del fallo popular, tanto mas infalible cuanto que es espontáneo!—esa es la enriquecida Rufina.

. . . . . .

Algunos años despues, disipado su cadal, des-

truida su salud, robada y abandonada por sus despreciables amantes, moria Rufina en un hospital, conmoviendo y compadeciendo á las santas Hermanas de la Caridad, por el modo aterrador con que en su frenesí y en su agonia repetia:—¡Piedad! ¡Piedad!!!

FIN DE JUSTA Y RUFINA.

JUN
1
1987

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6509
M37
1860
c.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 03 05 003 9